

El Inicio en la Ortodoxia

Traducido del ruso por Sergio V. Budnikov
y Matushka. Elena de Amilachwari

La preparación para el bautismo.

Existe un período de preparación para el bautismo. Antes que nada, hay que averiguar si en el templo se efectúan conversaciones especiales para instruir a los Catecúmenos (los que se preparan a recibir el bautismo y estudian la base de la fe ortodoxa). Si tales conversaciones se realizan, se debe asistir regularmente. En los días precedentes al sacramento se debe leer el Evangelio y los libros que clarifican la enseñanza cristiana, por ejemplo “La Ley de Dios.” Saber que estos días son especiales, por lo tanto no se debe distraer la atención con otros problemas, aunque sean éstos muy importantes. Dedicar este tiempo al pensamiento moral — espiritual, concentrarse en la vida interior de su alma. Evitar agitación, conversaciones vacuas, la televisión, no participar en las fiestas, porque lo que recibirán es Grande y Santo, debido a que lo Santo Divino se recibe con la mayor trepidación y veneración. En el mismo día del bautismo se debe quedar en completo ayuno, no fumar, los que conviven en pareja deben abstenerse la noche precedente de la relación. La Santidad Divina exige del hombre una pureza especial. Para el bautismo se debe acercar extremadamente limpio y pulcro. Las mujeres en período no se acercan a la pila bautismal hasta pasar estos días. Además, las mujeres vienen a bautizarse sin cosméticos ni adornos. Se debe llegar al sacramento a la hora fijada. No es obligatorio bautizarse el día Domingo, ya que este sacramento se oficia también los días de la semana.

Los padrinos.

Una vez me tocó ayudarle al Padre en un bautismo. Al terminar el sacramento, entró una mujer con un niño, acompañada por un hombre de rasgos faciales orientales. La mujer suplicó bautizar a su hijo ya que hoy mismo debían salir de la ciudad. El hombre se presentó como el padrino.

— ¿Tiene usted la cruz pectoral? — le preguntó el sacerdote.

— ¿Para qué? — respondió aquel en forma de pregunta.

— ¿Cómo que para qué? ¿No es usted un cristiano ortodoxo?

— No, soy mahometano — sonó la respuesta inesperada.

Este episodio anecdótico muestra claramente la falta de conocimiento y seriedad en la gente cuando escogen a los padrinos. Una gran mayoría de los padrinos no corresponde a las exigencias mínimas de la Iglesia: no conocen las oraciones, no han leído el Evangelio, no saben persignarse, no portan la cruz pectoral. Algunos padrinos toman un trago de bebida alcohólica antes de entrar en el templo, “para tener más coraje”; las madrinas aparecen a veces vestidas inapropiadamente y con espeso cosmético. Prácticamente, muy pocos conocen el verdadero significado de ser padrino, y cuales son sus obligaciones.

Según la tradición de la Iglesia, el recién nacido debe ser bautizado al octavo o al cuadragésimo día de su vida. Se entiende que a esta edad no es posible esperar del niño una fe y una confesión, — dos de las principales condiciones de unión con Dios. Así, desde los tiempos antiguos habían surgido los padrinos, — personas por cuya fe se bautizan los niños (se debe mencionar a propósito que el bautizo de personas mayores de 18 años no requiere padrinos).

Únicamente una persona ortodoxa, capaz de dar la razón de su fe, puede ser padrino. Es necesario un solo padrino para un niño o una madrina para una niña, mas según la antigua tradición rusa, se invitan los dos, madrina y padrino. Los padres del niño no pueden ser sus padrinos; un matrimonio no puede apadrinar al mismo niño. Las abuelas y los abuelos, los hermanos y las hermanas pueden perfectamente ser padrinos del niño en su bautizo.

Después de la inmersión del niño en la pila bautismal, el sacerdote lo entrega en las manos del padrino. De aquí la denominación eslava del padrino: el preceptor. Con ello el padrino toma para toda la vida la responsabilidad de educar al niño en un espíritu ortodoxo, sabiendo que tendrá que rendir cuenta por este niño en el Juicio Final. Los padrinos siempre, hasta el fin de su vida, oran por sus ahijados, los instruyen en la fe y devoción, y los incorporan a los santos sacramentos. El lazo entre los padrinos y los ahijados es eterno y más profundo que entre los hijos y sus padres corporales. Del cumplimiento metódico por el padrino de sus obligaciones respecto al ahijado depende tanto su propio destino, como también el del niño precepto de la pila bautismal.

El comportamiento en el templo.

El templo ortodoxo es un lugar especial donde se encuentra la presencia de Dios aquí en la tierra. Se debe comportar en el templo humildemente, para no ofender la grandeza del Santuario y atraer el castigo de Dios sobre uno. Se debe llegar al servicio unos 5-10 minutos antes del comienzo. Al entrar, se debe persignar y hacer una inclinación de cintura. Los hombres al entrar deben quitarse el sombrero. Las mujeres entran en el templo con la cabeza cubierta, sin la pintura labial y vestidas de acuerdo a su sexo. El vestido debe ser decente y limpio. En el templo no se debe

conversar en voz alta, mantener las manos en los bolsillos, masticar goma. No se debe caminar por el templo sin una razón importante.

Colocar las velas y besar los iconos se debe sin estorbar a los demás presentes. Las conversaciones deben limitarse para lo más indispensable. A los amigos se les saluda brevemente, posponiendo las conversaciones para más tarde. A los niños no se les debe permitir correr, jugar o reír y al niño que llora se lo debe tranquilizar o salir con él afuera.

Acompañar al coro se puede solamente en voz baja; durante el canto general de los feligreses no se admiten las “voces histéricas.” Se permite sentarse en el templo sólo a los débiles y a los muy cansados, mas nunca cruzando las piernas. Cuando todos los feligreses se ponen de rodillas, se debe unirse a ellos.

No se debe fumar en la entrada de la iglesia. No se puede entrar al templo con animales.

Es inadmisibles caminar o conversar durante la lectura del Evangelio, durante el canto del himno Querubínico y durante el Canon Eucarístico (desde El Credo hasta el Padre nuestro), y aún menos es deseable en este lapso colocar las velas y besar los iconos. Corregir a alguien que ha infringido las normas del comportamiento adecuado se debe, en todo caso, muy delicadamente y en voz baja. Es mejor abstenerse de ello en general, a no ser que se trate de un caso de un hecho descarado y atrevido. Finalmente, se debe permanecer en el templo hasta la completa conclusión del servicio; abandonar el templo antes de finalizar el oficio, sólo se puede en casos de malestar o una extrema necesidad.

La vela.

¿Que es lo primero que se debe hacer cuando se traspasa el umbral del templo? Se debe acercarse al despachador de velas. Prácticamente nuestra cristiandad comienza por medio de la unión al rito, por medio de la vela de cera. Sería imposible imaginarse un templo ortodoxo donde no se prenden velas.

El intérprete de la Liturgia San Simeón de Solun (siglo XV) dice, que la cera pura significa la pureza y pulcritud de la gente que lo trae. La cera se brinda en señal de nuestro arrepentimiento. La suavidad y la flexibilidad de la cera hablan de nuestra disposición de ser obedientes a Dios. La llama de la vela significa el calor de nuestro amor a Dios. No se debe colocar la vela de una manera formal, con el corazón frío. El acto físico debe ser acompañado por una simple oración, con palabras propias.

Las velas se prenden siempre en los servicios eclesiásticos. Los que fueron recién bautizados mantienen las velas en las manos, los que se unen en el sacramento matrimonial, y durante el oficio por los difuntos. Resguardando del viento con la mano la llama de la vela, los feligreses caminan en la procesión. No existen reglas definidas respecto a donde y cuantas velas deben ser colocadas. Su adquisición es un pequeño sacrificio a Dios, voluntario y no muy pesado. Una vela grande y cara de ningún modo tiene más gracia que una pequeña.

Los que regularmente visitan el templo, colocan comúnmente varias velas: al lado del icono del santo del día, que se coloca sobre el atril en el centro del templo; enfrente de las imágenes del Salvador y de la Santa Virgen — por la salud de sus queridos; al Crucifijo sobre una pequeña mesa — candelabro (kanun) — por el descanso en paz de los difuntos. Y si desea el corazón — a los santos que uno desea.

Sucede a veces que en el candelabro no queda más sitio debido a que todos los provistos se ven ocupados con velas encendidas. Desde luego no es apropiado apagar una vela ya colocada para poner la suya; sería correcto solicitar a la persona adecuada que la colocara más tarde. Y tampoco es razón para la confusión si su vela, aún no consumida, la apagan al terminar el servicio: Dios ya había aceptado su sacrificio.

No hay por que escuchar a los que afirman que la vela debe ser colocada con la mano derecha; que si la vela se apaga — significa una desgracia; que es un pecado mortal el ablandar sobre la llama el extremo inferior de la vela para su estabilidad etc. Existen muchas supersticiones en torno a la iglesia, pero todas son absurdas.

A Dios le agrada la vela de cera, pero la llama que nace del corazón le agrada más. Nuestra vida espiritual y la participación en los oficios religiosos no se limita por la vela, pues por si sola, la vela no nos salvará de los pecados, tampoco nos unirá a Dios y menos nos dará fuerzas para la lucha invisible. La vela está llena de significado simbólico, pero lo que nos salva no es el símbolo, sino la auténtica esencia de la gracia Divina.

Como persignarse correctamente.

Persígnate, hijo, — dijo una mujer en voz baja a un muchacho adolescente parado a su lado en el momento que el sacerdote bendijo con el Evangelio en forma de Cruz a los feligreses. El niño, junto con la madre, inicio solemnemente y sin apuro persignarse: “En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo” — murmuraban los labios apenas perceptiblemente y la cara del muchacho adquirió una expresión solemnemente piadosa. Es agradable observar esto. Pero lamentablemente muchas veces se observa lo contrario. Muchos de los creyentes que hace muchos años asisten al servicio eclesiástico, se persignan incorrectamente. Unos hacen volar la mano alrededor suyo, como si espantaran a las moscas, otros colocan los dedos como si agarrara un poco de sal y parece que no se persignan, sino, esparcen la sal sobre sus propias cabezas, otros más, clavan los dedos con fuerza en la frente, como si estuvieran clavando clavos. También el error más común, cuando la mano ni siquiera llega al hombro y se pierde en alguna parte cerca del cuello.

¿Pequeños detalles o formalismo? !De ningún modo! Aún en sus tiempos, San Basilio el Grande escribía: “En el Templo ha de ser todo con respeto y según los estatutos.” La señal de la cruz es un testimonio visible de nuestra fe.

Recordemos también las palabras del Evangelio: *“El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel: y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto”*(Lucas 16:10).

La fuerza de la señal de la Cruz es inmensa. En los relatos sobre la vida de los santos se encuentran frecuentes referencias cómo se desvanecían los encantos diabólicos por medio de la señal de la Cruz. Por esta razón, cuando nos persignamos descuidadamente o con distracción, sólo alegramos al diablo.

¿Cual es la correcta forma de persignarse?

Se debe colocar juntos los tres primeros dedos de la mano derecha, simbolizando la Indivisible Santísima Trinidad. Los otros dos dedos deben ser firmemente apretados a la palma de la mano; esto significa el descenso del Cielo a la tierra de Jesucristo, Hijo de Dios (los dos dedos son la imagen de las dos naturalezas de Cristo). Los tres dedos juntos se llevan primero a la frente, para bendecir el raciocinio, Después sobre el estómago para bendecir los sentimientos, luego sobre el hombro derecho e inmediatamente sobre el izquierdo, bendiciendo las fuerzas corporales. Bajando entonces la mano, hacemos una inclinación de cintura debido a que en este preciso momento acabamos de expresar sobre nosotros La Cruz de la Gólgota y ahora nos inclinamos ante Ella. A propósito, existe otro error muy común, cuando nos inclinamos al mismo tiempo que nos persignamos, como si estuviéramos quebrando la Cruz. No se debe hacer esto.

Muchos antiguos libros de texto sobre la religión indicaban que al persignarse, se debe tocar con la mano el pecho en vez del estomago. Así resultaba una cruz puesta cabeza abajo, o sea, con la parte inferior más corta que la superior, lo que produce el símbolo satánico.

El signo de la Cruz acompaña al creyente en todas partes. Nos persignamos al acostarnos y al levantarnos del sueño, saliendo a la calle y entrando al templo; al sentarnos a la mesa y dando gracias al Señor por la comida, haciendo el signo de la Cruz sobre nosotros mismos y sobre la comida.. La Cruz de Cristo bendice todo en torno Suyo y es por esto que Su Imagen sobre el propio cuerpo del creyente es salvadora y benigna para el alma.

El tañido de las campanas.

El tañido de las campanas en la iglesia se presenta en dos formas: “La buena noticia,” para llamar a los feligreses al templo, y propiamente el tañido.

“La buena noticia” — toques regulares de una campana grande. Se ejecuta de la siguiente forma: primero se producen tres toques distanciados, lentos y largos, después siguen los toques regulares. También el “La buena noticia” se diferencia en dos tipos: el común, cuando se toca la campana más grande, y el de cuaresma o el distanciado, cuando se toca una campana de menor tamaño, en los días de la semana durante la Cuaresma.

El tañido propiamente es cuando se tocan todas las campanas a la vez; sus formas son:

“El triple tañido”: toque de todas las campanas, con una corta pausa entre las repeticiones (toque en tres tandas). Se oye durante la vigilia nocturna y la liturgia.

“El doble campaneo” lo mismo, sólo con doble repetición (en dos tandas). Se hace en “vigilia nocturna”;

“El repique”: toque consecutivo en cada una de las campanas (uno o mas golpes), comenzando por la más grande y llegando a la menor de todas, y repitiendo toda la serie varias veces. Se hace en liturgia y en casos especiales: durante la Semana de postración ante la Cruz, durante la víspera del Gran Viernes Santo; antes de la procesión con el sudario, durante maitines del Gran Sábado Santo, en el día de la Exaltación de la Cruz.

“Toque lento”: toque lento en cada campana consecutivamente, comenzando de la más pequeña, hasta la mas grande; Después de tocar la campana mayor, se tocan todas las campanas juntas; la serie se repite muchas veces. El “toque lento” se denomina también el “tañido fúnebre” por expresar tristeza y lamento por el difunto. Sin embargo el toque lento siempre se corona por el “triple tañido” como símbolo de la alegre noticia de la resurrección de los muertos.

Finalmente, existe el tañido “alarma.” Es un toque muy seguido, generalmente de una campana mediana especial. Generalmente se usa como aviso de un peligro.

El pan sagrado.

El pan ocupa en nuestra vida un lugar especial. Es el símbolo de toda clase de alimento y de todo el esfuerzo necesario para conseguirlo. Dios dijo a Adán: “Con el sudor de tu rostro comerás tu pan” (Génesis, 3:19).

El pan es también un símbolo religioso: Nuestro Señor Jesucristo se llamaba a Sí Mismo

“El pan de la vida” (Juan, 6:35) diciendo que “el quien coma de este pan, vivirá eternamente” (Juan, 6:51). El hizo digno al pan, que es tan cercano en su composición al cuerpo humano, a ser transformable en Su Cuerpo durante el sacramento de la Eucaristía: Jesús tomó el pan y al bendecirlo, lo partió, y repartiéndolo entre los discípulos dijo: toman y comen, este es Mi Cuerpo (Mt. 26:26).

El pan, consistente de muchas semillas, personifica a la Iglesia — Unica en la multitud de sus elementos. Aparte del Pan Eucarístico, la Iglesia Ortodoxa considera varias formas del pan bendito.

Prosfora, (en griego — dádiva, oferta) — es el pan de trigo blanco, hecho con levadura, agregando el agua bendita. La denominación proviene de la antigua usanza de los primeros cristianos de traer el pan de casa para efectuar la Eucaristía. Actualmente las prosforas se preparan en las panaderías diocesanas. La prosfora se compone de dos

partes, significando las dos naturalezas de Cristo. Sobre la parte superior se sella la imagen de la Cruz; (en las prosforas preparadas en monasterios, se sella sobre la parte superior la imagen de la Virgen María o de los Santos.)

Durante la Divina Liturgia se recorta de una prosfora (llamada el Cordero) de un modo especial una parte rectangular, que luego será transformada en Cuerpo de Cristo. De otras prosforas, menores de tamaño, se extraen partículas en memoria de los miembros de la Iglesia Celestial y Terrestre. Estas al finalizar la liturgia se colocan en la Sangre de Cristo. Las prosforas de menor tamaño pertenecen a los que habían presentado las listas recordatorias al altar.

Las partes cortadas de la prosfora del Cordero, se denominan “antidór” (griego — “en lugar de la dádiva”). Según los Estatutos, los consumen la gente que no comulgó de los Santos Dones. Por lo general los antidor pertenecen a los que oficiaron en el altar.

Artos (en griego — “pan de levadura”), es un pan que se bendice en la noche Pascual. Durante toda la semana de la Pascua (“semana clara”) el artos — símbolo de la Resurrección de Cristo, — se encuentra sobre el “facistol” frente a Puerta Real del altar y se extrae todos los días para la procesión Pascual. El Sábado “claro” con una oración especial lo desmenuzan y reparten entre los feligreses. La gente devota de la iglesia apropió al artos y al agua bendita la calidad de relativo sustituto de los Santos Dones para los moribundos impedidos de comulgarse.

Las prósforas, el artos y el antidor deben ser consumidos en ayunas y con oración. El pan bendito debe conservarse en un recipiente limpio y aparte de otros productos comestibles. Según la tradición, el artos se desmenuza y se toma durante todo el año, de Pascua a Pascua.

Otro tipo de pan bendito es aquel que se reparte entre los feligreses durante las vigili­as nocturnas en vísperas de grandes fiestas. En la antigüedad los oficios religiosos duraban mucho y los cristianos ingerían pan para reforzarse. Ahora, aunque la duración de los oficios se redujo, esto quedó como una tradición.

Agiasma. Agiasma en griego significa “cosa sagrada.” Así llaman el agua, bendecida según la ceremonia especial. La bendición del agua puede ser menor y grande; el menor se practica durante el año varias veces, el grande — sólo en la fiesta de Teofanía.

Entre la gente rusa hay una extraña creencia de que el Bautismo y la Manifestación de Dios no son la misma cosa y el agua bendita en la Víspera (el 18 de enero) es el agua de la Manifestación de Dios, mientras que la consagrada en el mismo día de la fiesta es de Bautismo (el día 19). Este prejuicio es tan absurdo, que las personas sinceramente creyentes tratan de recoger el agua bendita en los dos días seguidos y la conservan después en diferentes recipientes, temiendo de confundirlos. Debemos entender, que tanto en el día de la fiesta, como en la víspera, el agua se bendice de la misma manera, simbolizando el descenso de nuestro Señor Jesucristo en las aguas del río Jordán.

El agua de Teofanía posee una fuerza muy positiva y especial, y esto lo sabe o siente la gente. En esta fiesta los templos se llenan de los feligreses y hasta existe un tipo especial de feligreses, el que va a la iglesia sólo una vez por año, “por el “aguita.” ¿Y por qué reza la gente en los días de la bendición de agua? Porque el agua se consagró con la fuerza, y con la acción, y con la llegada de Espíritu Santo. Para que se haga el don de bendición, de liberación de los pecados, de curación del alma y del cuerpo y que esta agua reciba la bendición del río Jordán. Esta agua espantará todas las tentaciones de los enemigos visibles e invisibles. Porque nos llevará a la vida eterna. Para que también nosotros tomando el agua, seamos partícipes de la bendición y revelación de Espíritu Santo. Grande es la oración, grande también es lo que se consagra. El bautismo de Jesucristo consagró la misma esencia del agua.

El agua bendita debe ser tomada en ayunas, por la mañana, pero en el caso de una especial necesidad de la ayuda divina, se puede tomar a cualquier hora del día o de la noche. Se debe conservar en un lugar separado, mejor junto a los iconos de la casa, mas nunca en la refrigeradora. Observando un trato digno y respetuoso, el agua bendita queda fresca y de gusto agradable durante mucho tiempo. Se puede retocarse con ella, agregarla en pocas cantidades a la comida, esparcirla en la habitación. Personas que se encuentran bajo penitencia no pueden recibir la santa Eucaristía, toman agua bendita como consolación espiritual.

Es una pena que el milagro de la magna bendición se presenta sólo una vez por año y tan pocas veces podemos escuchar los roparios conmovedores: “La voz del Señor...”etc.

El ritmo diario del servicio eclesiástico.

El Estatuto de la Iglesia ordena el cumplimiento diario de nueve diferentes oficios sagrados. Cada uno de ellos tiene su propia historia, simbolismo y duración, pero espiritualmente forman entre todos algo íntegro llamado Circulo de veinticuatro horas. En el oficio religioso ortodoxo mucho está tomado de las costumbres de oración del antiguo testamento. En particular, el inicio de un nuevo día se cuenta a las 6 de la tarde y no a la media noche. De aquí, el primer oficio del Circulo es la víspera. En este oficio la Iglesia les recuerda a los feligreses los sucesos básicos del Testamento Antiguo de la Historia Sagrada: creación del mundo por Dios, el pecado de los ancestros, las leyes del Moisés, el servicio de los profetas. Los cristianos elevan su agradecimiento a Dios por el día pasado.

Después de la víspera se oficia la vespertina menor. Esta se compone de oraciones en comunidad antes de ir a dormir, en las que nosotros recordamos la bajada de Cristo al infierno y salvación de los justos santos del poder del diablo.

A media noche se celebra el tercer Oficio de Medianoche. Este oficio es para recordar los creyentes de la segunda llegada del Señor y del Juicio Final.

Justo antes de salir el sol se comienza el “Maitines.” El Maitines se dedica a los sucesos de la vida terrenal del Salvador y contiene muchas oraciones de contrición y de agradecimiento. Es uno de los Oficios religiosos más prolongados. Alrededor de las 7 de la mañana se lee la “primer hora.” Así se denomina este oficio corto, en el cual la Iglesia revoca la estancia de Cristo en el juicio del pontífice Caifás.

La “tercer hora” (las 10 de la mañana) nos lleva por medio de los santos recuerdos al aposento de Sión, donde El Espíritu Santo bajó sobre los Apóstoles, y al pretorio de Pilatos, donde Cristo ha sido condenado a la muerte.

“La sexta hora” (mediodía) — es la hora de la crucifixión del Señor y la “novena hora” (las tres de la tarde) — es la hora de Su muerte en la cruz. A estos sucesos dolorosos se dedican pues los Oficios correspondientes.

Finalmente, el principal Oficio divino cristiano, el centro específico de Circulo de veinticuatro horas, es la Divina Liturgia. A diferencia de los demás Oficios, la liturgia no sólo nos recuerda a Dios, sino nos brinda la posibilidad de unirnos a Él realmente a través del Sacramento de la Eucaristía. La Liturgia debe ser oficiada entre la sexta y la novena hora.

La práctica actual de la celebración de los oficios, aportó cambios en las indicaciones del Estatuto. Así, en los templos parroquiales, la vespertina sólo se cumple durante la cuaresma y el Oficio de Medianoche — una vez al año, en vísperas de Pascua. Extremadamente raro es el Oficio de la novena hora. Los restantes seis Oficios del Circulo de veinticuatro horas se unifican en dos grupos de a tres.

En la tarde, al principio se oficia la Víspera, después Maitines y Hora Primera. En vísperas de los días dominicales y días de fiesta esta secuencia de Oficios se denomina la Vigilia Nocturna, o sea, pasar despierto toda la noche. Los cristianos antiguos frecuentemente quedaban rezando hasta aurora. Las vigiliias nocturnas actuales duran de 2 a 4 horas en las parroquias y de 3 a 6 en los monasterios.

En la mañana se ofician consecutivamente la tercera y sexta horas y La Liturgia Divina. En las catedrales grandes (donde hay dos altares) con muchos feligreses en los días dominicales y días de fiesta se ofician dos liturgias, una — la temprana y la otra — la tardía; a las dos precede la lectura de las horas.

En los días cuando no se oficia la liturgia (por ejemplo el viernes de la Semana Santa, se oficia una breve secuencia del “Oficio de representación litúrgica.” Este oficio es como una “representación” de la misma liturgia debido a que en él se contienen algunos himnos litúrgicos. Pero los oficios de la representación litúrgica no tienen la categoría de un oficio independiente.

Oficios de Petición (Eucologio).

Son muy diversas las situaciones cuando necesitamos la ayuda de Dios. A sabiendas de cuanto apoyo celestial implora el hombre, la Iglesia Ortodoxa compuso una serie de oficios sobre los que gozan de la vida, sobre los difuntos, sobre bendición de las cosas y de alimentos. Estos oficios se denominan “oficios de petición” ya que se hacen por solicitud de los feligreses.

Una oración ferviente, especialmente por los vivos, se denomina Moleben. El moleben consiste de comunes y particulares (o por encargo). Estos últimos se celebran por el sacerdote según los soliciten y los comunes — todos los días después de la liturgia.

El oficio del trisagio fúnebre por los difuntos. Estos oficios se celebran solamente por personas bautizadas. No se permite officiar el rito de entierro a suicidas, borrachos, no creyentes, muertes en consecuencia de aborto o en una riña, a los que en vida denegaban de Dios y de la Iglesia.

La Iglesia bendice mediante sus oficios todo el complejo de la vida del hombre, inclusive los objetos que usamos y los alimentos que ingerimos.

Bendición de los alimentos se practica en los días especiales; por ejemplo, en vísperas de Pascua de Resurrección bendicen los huevos y los “*kulich*” (especie de pan dulce, parecido a “panetones”), y en la fiesta de Transfiguración de Jesucristo — las manzanas y otras frutas.

Existe Oficio de bendición de la casa, del automóvil. Sobre estos oficios por petición — se debe convenir personalmente con el sacerdote, para que él escoja la hora conveniente.

Moleben (rogativa).

En los templos ortodoxos todos los días, al terminar la misa de la mañana, los sacerdotes offician servicios por petición. Uno de los más frecuentes es el Moleben o canto del Moleben.

¿Qué es el Moleben? Es un breve oficio de fervientes oraciones sobre diversas necesidades cotidianas. Durante la liturgia muchas veces no prestamos atención al contenido de nuestras súplicas diarias por causa de la sustancia profundamente mística de la Liturgia Divina. Entonces surge la necesidad de orar por las necesidades mundanas, como nos enseñaba el Beato Ambrosio de Optina — “breve pero fogoso,” y esto se realiza en el Moleben.

Si estamos enfermos, si emprendemos una acción importante, si planeamos a viajar, o celebrar el día de su santo, antes del comienzo del año escolar, o si deseamos agradecer a Dios por algo en particular, — para todos estos pedidos existen oraciones especiales del Moleben.

Aparte de estas rogativas particulares, hay cantos comunes en el Moleben para todo el pueblo. La iglesia tiene una gran cantidad de tales: para bendición del agua y del año nuevo, en tiempo malo y sequía, por los presos del mal espíritu y del alcohol, los oficios solemnes el primer domingo de Gran Ayuno (Gloria de Ortodoxia) y otros.

En el Moleben nos dirigimos a Señor Jesucristo, a Su Madre Purísima, a los Santos. El Moleben con cantos de agradecimiento se dirigen a Dios. Al encargar un Moleben, entregamos una lista con los nombres para rezar por ellos durante el oficio. Hay casos en que la persona, al encargar el Moleben, no espera su actuación, se aleja del templo y sólo deja la lista. El Señor recibe cualquier sacrificio, pero por seguro que es más adecuado rezar junto con el sacerdote en vez de dejarlo rezar solo.

A veces al Moleben se le agregan los akathistos y cánones. Los sacerdotes frecuentemente, al terminar el oficio por petición, proceden a untar a los feligreses con aceite bendito y rociarlos con agua bendita.

Según nuestra fe, El Señor nos envía Su ayuda muy pronto después del Moleben. De modo que no es necesario malversar este servicio sagrado encargándolo varias veces por la misma petición. Excepción : Moleben por un enfermo, o por una promesa.

La jerarquía eclesiástica.

Cada región (diócesis) tiene su obispo o arzobispo. Obispado es el grado máximo de sacerdocio y la denominación común para todos los del clero que se encuentran en esta dignidad: metropolitano, arzobispo, obispo.

Un grado más abajo están los sacerdotes (presbíteros). Estos encabezan la vida eclesiástica en las parroquias urbanas y rurales. Los sacerdotes son los “hieros” y los “prothieros.” El sacerdote mayor en la parroquia se denomina párroco.

El grado menor del sacerdocio es el diácono. Los diáconos ayudan a los obispos y sacerdotes en los oficios sacramentales, pero no los ofician ellos mismos. Los diáconos mayores se denominan protodiaconos.

A los monjes (ermitaños) se los denomina en la Ortodoxia clero “negro,” por su voto de celibato y en diferencia con el clero “blanco,” casado.

Hay tres grados del estado monástico: 1- sotana (ryasofor), 2- mantia (sjima menor) y 3-sjima (sjima mayor). El grado menor, sotana, significa “portador de sotana — ryasa” es una vestimenta de monjes diaria, larga casi hasta el piso, con mangas muy anchas. Sjima menor y la máxima (“forma,” “imagen”) son los grados superiores. Se distinguen por votos más rígidos.

Todo el obispado son monjes. Sus denominaciones, proviniendo del griego, significan: Patriarca — “el padre del genero,” metropolitano — “hombre principal del genero,” (patriarcas y metropolitanos encabezan a todas organizaciones eclesiásticas en los países ortodoxos), obispo — guardián, arzobispo — pastor mayor” (obispos, arzobispos y menos frecuente los metropolitanos son representantes de las regiones administrativas eclesiásticas — diócesis.

Sacerdotes-monjes se denominan: Jeromonje (o hieromonje), igumen (abad), y archimandrita. Archimandrita — normalmente es el párroco de un monasterio grande, de una laura.

Algunos monjes logran este título por servicios especiales a la Iglesia.

Igumen (el guía) — es el párroco de un monasterio o iglesia parroquial.

Los monjes-sacerdotes, que han recibido “sjima,” se denominan hierosjimonje, sjiigumen, sjiarchimandrita. Los monjes en el rango de diácono son hierodiaconos, los mayores — archidiaconos.

Incienso.

Comienza la vigilia nocturna. El coro canta solemne y pausadamente el salmo 103 que habla de la creación del mundo. Y el sacerdote camina al mismo tiempo por el templo con el incensario. El aroma del incienso llena el espacio.

El incensario, al igual que el candelabro de 7 velas, son objetos indispensables en el oficio religioso ortodoxo (Lev. 16:12). Desde los tiempos de los apóstoles durante la oración se realiza el incensamiento. En el incensario metálico sobre el carbón encendido se coloca el incienso (alquitrán aromático de árboles orientales). Al consumirse el incienso produce un humo aromático.

La incineración de víctimas ante Dios se estableció en los tiempos de la edad antigua. Es suficiente recordar la víctima del justo Abel. El mismo Señor, en el Antiguo Testamento, ordenó a Moisés construir en el Tabernáculo un altar de los holocaustos especial para quemar en él sustancias aromáticas. Los Reyes Magos, que han venido a inclinarse a Cristo, han traído al Niño Dios entre otros regalos, también el incienso. El Evangelista Juan el Teólogo, en la Revelación, ha visto en el Templo Celestial al Angel recibiendo el incensario de oro (Apocalipsis 8:3-5).

El humo de incienso, que se esparce por el templo durante el oficio, simboliza las oraciones de los feligreses, que ascienden a Dios y, a la vez, la gracia del Espíritu Santo que místicamente las bendice.

Antes de iniciar el incensamiento, el sacerdote pronuncia la oración: “Incienso te ofrecemos, como agradable aroma espiritual. Al recibirlo en tu Ofertorio que está sobre los cielos, envíanos la gracia de tu Santísimo Espíritu.” Por medio de esta oración es evidente que el humo del incensario significa la presencia invisible de la gracia del Señor, que santifica a los feligreses.

El incensamiento durante el oficio religioso puede ser completo (abarcando todo el templo), o breve (altar, el iconostasio y a las personas presentes en frente del ambón). El incensamiento de los objetos sagrados (los iconos, el

templo) se destina a Dios, consagrándole el honor y la alabanza debidos. Cuando el incensario se dirige a las personas, es confirmación de que el Espíritu Santo desciende sobre todos los fieles como portadores de la Imagen Divina. En respuesta al incensamiento, la tradición indica de inclinar la cabeza.

No existe opinión unánime sobre si es legal o no, para los fieles, hacer el incensamiento durante la oración doméstica. Los sacerdotes opinan de diferente forma sobre este asunto indudablemente venerado. Lo mas acertado es pedir la bendición de su confesor.

Los Catecúmenos.

“Rezan, los Catecúmenos, al Señor,” — exclama el diácono todos los días durante la Liturgia Divina y después de esta oración común, la letanía, dice: “¡ Catecúmenos, salid!” Catecúmeno significa persona que se instruye en la doctrina ortodoxa para bautizarse.

En la Iglesia antigua no se bautizaba sin más. La persona que deseaba llegar a la pila bautismal, debía saber con claridad el contenido de la fe cristiana, para poder responder a la pregunta de “¿crees en Cristo?” de todo el corazón contesta: “¡Creo en El, como al rey y Dios!” Por ello, los que no han recibido la educación cristiana, como también los que se convertían de judaísmo o paganismo, debían aprender de los obispos, presbíteros o catequizadores. El catequismo duraba mucho, a veces varios años. En el transcurso de este proceso, los Catecúmenos no tenían derecho a presenciarse durante el oficio Eucarístico junto con los cristianos fieles. Para no impedirles por completo la comunicación con la Iglesia, los creadores de los ritos sacrales concentraron en la primera parte de la liturgia los himnos de carácter de instructivo y lectura de la Escritura Sagrada, denominándolo todo “liturgia de los Catecúmenos.”

Pero cuando el tiempo de la enseñanza del oficio sagrado se agota y llega el momento de sagrada y temible unión con Dios, la gente con el alma aún no lavada con las aguas del bautismo no deben presenciarse. Por esa razón el diácono dice primero la letanía de los Catecúmenos y luego los induce a que salgan. En los primeros siglos del cristianismo a los Catecúmenos no solo los invitaban a abandonar el templo, sino, se revisaba si alguien de los no bautizados todavía permanecía en el templo.

Las costumbres habían cambiado. Ahora se hacen testigos de los Sacramentos Divinos todos los que lo desean y hasta los que entraron al templo por pura curiosidad. Hace tiempo dejó de ser importante la misma institución de los Catecúmenos, aunque muchos de los clericos sienten la necesidad de su restablecimiento. ¿Y por qué se conservó aún la exclamación del diácono y la oración de la Iglesia sobre los Catecúmenos?

El “Libro de instrucciones al clero,” en la edición antes de la revolución en Rusia del 1917, dice al respecto: “En distintas partes de la Tierra se dirigen a la Iglesia Ortodoxa muchas otras religiones, se convierten a la Ortodoxia muchos cristianos de otras denominaciones; nuestra Iglesia se preocupa de todos sus hijos, donde sea que estén, y solicita por medio de la oración a Dios que Él ilumine las almas y cuerpos de todos los Catecúmenos, a pesar de que ellos se estén a una distancia muy lejana; aparte de ello, los Catecúmenos son también como los niños que habían obtenido un nombre ortodoxo pero aún no bautizados... Por esta razón las oraciones sobre los Catecúmenos nunca perderán su fuerza y significado, quedando en el rito litúrgico hasta que exista en el mundo la Iglesia de Cristo.

Con respecto a la salida del templo de los Catecúmenos, no se debe prestar atención al comportamiento de los demás, sino, no siendo aún bautizado, tomar por norma: “mientras aún no tengo derecho de participar en la Santa Eucaristía, pues, debo salir.”

Como prepararse para la Santa Comunión.

Para el sacramento de la Santa Eucaristía se debe preparar por medio de la oración, el ayuno, el buen comportamiento y ánimo cristiano sumiso y también por medio de la confesión.

Las oraciones en la casa y en la Iglesia.

La persona que sinceramente desea comulgar, debe prepararse por lo menos 2-3 días con anticipación, orar con más fervor, leer La Escritura Sagrada, ir a la iglesia. En vísperas de la Comunión, sin falta ir a la iglesia para la vigilia nocturna. Antes de comulgar se debe leer las oraciones especiales para la santa Comunión.

El ayuno.

En los períodos del ayuno se debe ayunar más rigidamente, en los demás períodos observar mas moderación en la comida. Evitar distracción, no dedicarse a ver televisión, no escuchar música violenta.

Confesión.

El que desea comulgar, debe en vísperas, antes o después de la vigilia nocturna, confesar sinceramente sus pecados al sacerdote, con el corazón abierto y sin esconder ningún pecado. Antes de la confesión se debe sin falta hacer las paces con sus ofensores y con aquellos a quienes ha ofendido uno mismo, pidiéndoles a todos el perdón. En la confesión es mejor no esperar las preguntas del sacerdote sino exponerle todo lo que se acumuló en el alma, sin justificarse ni culpar a otros. En ningún caso debe culpar a nadie, ni mencionar los pecados ajenos.

Si no resulta confesarse en la tarde, hay que hacerlo antes de liturgia, en el caso extremo antes del Himno de los Querubines. Sin la confesión nadie, salvo niños de hasta 7 años, puede ser admitido a la Santa Comunión. Hay una

buena tradición: después de la confesión y hasta la Santa Comunión, no comer, no beber, no fumar. Claro, esto se prohíbe después de la medianoche. A la Santa Comunión se debe llegar completamente en ayunas. La abstención de la comida y bebida antes de la Santa Comunión debe comunicarse también a los niños..

¿Cuántas veces comulgar?

“De cierto, de cierto os digo: Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros” (Juan, 6:53).

La Iglesia no tiene una respuesta firme a esta pregunta. Los cristianos de los primeros siglos comulgaban todos los domingos. Con el tiempo cambiaban las normas con respecto a la devoción cristiana y no siempre para mejor. En el siglo XIX muchos cristianos rusos comulgaban durante la Cuaresma. Después de la Gólgota rusa del siglo XX la frecuencia ha crecido, lo que es muy alagador.

Para aquella persona que conoce el Evangelio, no se le debe explicar cuán magna es la Santidad del Cuerpo y de la Sangre de Cristo, debido a qué, no se puede heredar la vida eterna sin la Eucaristía (de esto hablo el Señor en Su conversación con los judíos; ver Juan, cap.6).

Los fieles saben que al Cáliz sólo se puede acercar después de cierta preparación, tratando de purificar el alma de los pecados y las pasiones. “Nadie de los que se han sometido a las lujurias y pasiones del cuerpo es digno de acercarse o de servir a Ti, Rey de Gloria” — se dice en la oración mística de la Liturgia de Juan el Crisostomo.

La Iglesia deja la solución del asunto en cuanto a la frecuencia en que se debe comulgar en las manos del sacerdote o del confesor. Precisamente con el padre confesor espiritual se debe aclarar con qué frecuencia comulgar, cuanto tiempo y con qué rigidez prepararse antes de ello.

En todo caso, hay que comulgar por lo menos una vez cada ayuno largo (de muchos días) y en el día del Santo. Si en el lugar de la residencia no hay un Templo, se debe encontrar la posibilidad para comulgar aun que sea una vez en el año, en el caso contrario uno arriesga de separarse de la Iglesia. A las personas que desean llevar su vida eclesiásticamente, los sacerdotes recomiendan comulgar una o dos veces cada mes. A veces el sacerdote bendice una frecuencia mayor aún.

El Cáliz Sagrado.

Esta historia ha sucedido hace poco tiempo en uno de los templos de San Petersburgo. Un domingo, durante la Divina liturgia, cuando comulgaban los feligreses, la atención de la gente atrajo un niño rubio que estaba parado cerca del altar. El observaba con mucha atención a los comulgantes y de vez en cuando estallaba en alegre risa infantil. En vano trataban algunos de aquietarlo, hasta aquel momento que terminó la Comunión. Entonces los padres del niño, muy extrañados, le preguntaron cuál fue la causa de su risa y él les contestó: “Mirando a las señoras y los señores acercarse al Cáliz, vi que hacia algunos se les acercaba volando una palomita blanca. Apenas el señor o la señora abrían la boca para recibir los Dones, el pajarito tomaba los Dones de la cucharilla con el pico y salía afuera. Las personas no veían a la paloma y cerraban la boca creyendo haber completado su comunión, y esto me daba mucha risa.”

Una persona no creyente tomaría la respuesta del niño por una fantasía, pero un corazón entregado a la fe no puede ser indiferente ante el significado místico de la visión enviada por Dios a la imaginación infantil. Efectivamente, ¿no es temible acaso pensar que Jesucristo a muchos de nosotros nos impide comulgar del Sagrado Cáliz debido a que nos acercamos a Él sin prepararnos y ser dignos de recibirlo?: *“porque el que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí, no discerniendo el cuerpo del Señor”* (1Cor. 11:29), dice el Apóstol Pablo. Existen normas cuyo cumplimiento ayudan a los comulgantes recibir decentemente los Sagrados Dones: completa abstención de cercanía conyugal por estos días, examen de propia conciencia, confesión, oración, lectura de la Escritura Sagrada, participación en los oficios religiosos — cada cual en la medida de sus posibilidades y aplicación. Antes de comulgar se debe confesar, mas si la persona comulga varios días seguidos, como por ejemplo en el Gran Ayuno o en ciertos períodos festivos, puede prescindir de la confesión repetida siempre con el permiso del párroco.

La liturgia está por terminar y el comulgante a punto de unirse a Cristo. Se abren las Puertas Reales. El diácono exclama: “Con temor de Dios y fe acercaos ...” Temor de Dios y la fe son los sentimientos que deben imprimirse en el corazón de cada uno de los que se acercan al Cáliz. Este no es el momento de charlas, agitación o vanidad.

¿Quién de nosotros no ha presenciado el amontonamiento de la gente delante de la Sagrada Cáliz? Empujándose uno al otro, tratando llegar primero a los Santos Dones, ignorando la apaciguadora voz del sacerdote. Con el comportamiento indigno delante del Cáliz se anula en un instante toda la labor de preparación y sumisión. Entonces la paloma invisible no dejará a uno recibir los Santos Dones y en el sacramento obtendrá, en lugar de la vida eterna, el reproche y castigo de Dios. Para evitar todo ello cada comulgante debe saber y cumplir muy bien todas las normas que la Iglesia ha establecido para proceder en la Comunión.

He aquí dicha normas:

- Delante de la Cáliz se debe postrarse ; si hay mucha gente — hacerlo previamente aparte.

- Cuando se abren las Puertas Reales, se debe persignarse y colocar las manos sobre el pecho en la forma de cruz, la derecha sobre la izquierda; así comulgar y no cambiar la posición de las manos mientras se retira de la Caliz.
- Se debe acercarse por el lado derecho del templo, dejando el izquierdo libre.
- Primero comulgan los que atienden en el altar, luego los monjes, los niños y solamente después los demás. Se debe dejar paso a las personas y evitar los empujones.
- Las mujeres en la comunión deben limpiarse de la pomada labial.
- Al acercarse a la Caliz, decir claramente su nombre, recibir los Santos Dones, masticarlos si es necesario y tragar inmediatamente, luego besar la parte inferior de la Caliz como la costilla de Cristo.
- No se puede tocar el Caliz con la mano, ni besar la mano al sacerdote.
- ¡Esta prohibido persignarse delante del Caliz! Elevando la mano para hacer el signo de la Cruz, uno puede casualmente tropezar con la mano del sacerdote y volcar los Santos Dones.
- Retirándose hacia la mesita con bandeja, se debe tomar el antidor y beber el vino mezclado con agua caliente.
- Cuando los Santos Dones se dan de varios Cálices, se debe tomarlos sólo de uno; no se permite comulgarse dos veces el mismo día.
- En el día de la Comunión no se debe arrodillar, salvo inclinaciones ante el Sudario de Cristo el Sábado Mayor y las oraciones con arrodillamiento el día de Santa Trinidad.
- Al volver a casa, antes que nada, se debe leer las oraciones de agradecimiento por la Santa Comunión; si estas oraciones se leen en la iglesia, se las debe escuchar ahí.

El Matrimonio.

“El matrimonio es un sacramento en el cual, delante el sacerdote y la Iglesia, libremente los novios se prometen la fidelidad matrimonial, se bendice la unión matrimonial a la imagen de la unión espiritual de Cristo con la Iglesia y se solicita para ellos la gracia de pura unanimidad en el nacimiento bendito y la educación cristiana de los niños” (“Catecismo Ortodoxo” de Metropolitano Filaret).

Los impedimentos eclesiásticos (canónicos) al matrimonio.

Las condiciones de la celebración de matrimonio establecidas por la legislación civil y por los cánones eclesiásticos presentan considerables diferencias por lo que no toda unión matrimonial civil puede ser bendecida en el sacramento de matrimonio.

La Iglesia no permite el cuarto y el quinto matrimonio, tampoco permite el matrimonio entre parientes cercanos. La Iglesia no bendice el matrimonio si uno o los dos novios se declaran ateos y sólo vienen al templo por instancias de los parientes. La Iglesia no bendice el matrimonio de los no bautizados y tampoco de los que ya se encuentran casados con otra persona.

En el caso de los parientes, la prohibición eclesiástica se expande al cuarto grado de parentesco (o sea, entre primos segundos o hijos de padres-primos). La antigua piadosa tradición prohíbe matrimonio entre padrinos y ahijados, entre padrino y madrina del mismo ahijado. Hablando con propiedad, en este último caso no existe impedimento canónico, sin embargo sólo obispo dirigente puede permitir un matrimonio de este tipo. No pueden casarse por iglesia los que han hecho votos monásticos o recibieron ordenación al clerico.

En nuestros días la Iglesia no investiga la mayoría de edad, salud psíquica y física, la libre decisión para celebración del matrimonio de los novios, por la razón de que el matrimonio civil tiene estos rasgos como requisito indispensable. Claro, se puede ocultar tal o cual detalle de la dependencia oficial, pero es imposible engañar a Dios y por eso el impedimento principal del matrimonio ilegal debe de ser la propia conciencia de los contrayentes.

La falta de la bendición paternal para las nupcias es un hecho indudablemente muy triste, pero dada la mayoría de edad de los novios, aquello no puede impedir el matrimonio. A propósito, con frecuencia padres-ateos se oponen a la celebración del matrimonio eclesiástico y en tal caso la falta de la bendición de los padres puede ser subsanada por la bendición del sacerdote o, mejor todavía, por la de confesor espiritual de por lo menos uno de los novios.

El matrimonio no se oficia:

- Durante todos los cuatro ayunas de varios días,
- Durante la semana cuando se comen los productos lácteos.
- En la Semana Clara de Pascua de Resurrección,
- Desde Navidad de Jesucristo (7 de enero) hasta la Santa Epifanía (19 de Enero).
- En vísperas de las Principales fiestas del año Litúrgico (de los doce),
- Los martes, jueves y sábados todo el año,
- Los días 10,11,16, 26 y 27 de septiembre (una rígida ayuna por la Decapitación del profeta, precursor y Bautista Juan y por la Exaltación de la Santa Cruz del Señor.
- En vísperas de las fiestas parroquiales — propios en cada iglesia.

- En condiciones extraordinarias el obispo dirigente puede hacer excepción de estas normas.

Consejos a los contrayentes.

Para que las nupcias sean un gran acontecimiento, un recuerdo para toda la vida, debe ser debidamente organizado. Antes que nada, precisar el lugar y la hora del sacramento. En muchas iglesias de la diócesis de San Petersburgo se hace anotación previa con el día y la hora de las nupcias; esto lo puede hacer cualquier pariente. En un caso como este le tocaría officiar el matrimonio al sacerdote de turno. En las iglesias donde no hay anotación previa, los novios formalizan el sacramento el mismo día del matrimonio con el encargado de las velas. Sólo que en este caso no se puede precisar la hora, porque los matrimonios comenzarán después de otros oficios por petición, y en cambio sí se puede tratar personalmente con el sacerdote cuya bendición se quisiera. El registro del matrimonio civil debe ser hecho antes de la ceremonia eclesiástica porque se lo debe presentar en la iglesia.

Al surgir cualquiera de los impedimentos mencionados arriba, los novios deben dirigirse personalmente a la dependencia eclesiástica correspondiente.

En los primeros siglos del cristianismo las nupcias se oficiaban inmediatamente después de la Santa Liturgia. Ahora no es así, pero la Comunión de ambos contrayentes ante el comienzo de la vida matrimonial es extremadamente importante. Por ello los novios deben llegar al templo en el día de la boda para el inicio del servicio, en ayunas, y no tomar nada ni fumar en vísperas o por lo menos desde las 12 de la noche. Además, si ya tienen lugar las relaciones maritales, pues abstenerse en esta ocasión. En el templo, los novios hacen la confesión, oran durante la Liturgia y comulgan — reciben los Santos Dones. Después, aproximadamente una hora duran los moleben, funeral o el entierro. En este lapso los dos pueden cambiarse de ropa, en todo caso se recomienda a la novia no usar zapatos de tacón, porque el oficio de matrimonio dura bastante tiempo.

La presencia de los amigos y los parientes de los contrayentes en la Liturgia es desde luego deseable, pero lo más tardar deben llegar para el comienzo del matrimonio. Tomar fotos y sacar película se permite, pero no en todas las iglesias.

Los anillos de matrimonio se debe entregar al sacerdote previamente para bendición sobre la Mesa del Altar.

Hay que traer un trozo de tela blanca o un paño para colocarse los novios encima. La novia debe sin falta tener cubierta la cabeza y muy pocos o ningunos cosméticos y adornos.

Según la tradición rusa, la pareja tiene a los testigos que organizan la fiesta. Pues, también en la iglesia son útiles: sostener las coronas sobre las cabezas de los novios. Es mejor que los testigos sean hombres: las coronas son bastante pesados. Además, los testigos deben ser bautizados desde luego.

El estatuto eclesiástico prohíbe las nupcias de parejas simultáneamente, pero en la realidad sucede. Claro que cada pareja desearía tener oficio de matrimonio individualmente sola, pero en tal caso el sacramento duraría demasiado (hasta 1 hora por pareja). Si los dos decidan esperar hasta que todos los demás estén preparados, con seguridad no se les negará el sacramento para ellos solos. En los días laborales (lunes, miércoles, viernes) hay mas esperanza de que no vengan varias parejas que por ejemplo, los domingos.

El seguimiento del sacramento.

El sacramento del matrimonio consiste de dos partes: el oficio de los esponsales y el oficio de la coronación. En el pasado estas partes se dividían en el tiempo: el oficio de los esponsales se efectuaba con anuncio de prometidos y pudo rescindirise después.

Durante el oficio de los esponsales el sacerdote entrega a los contrayentes las velas encendidas — símbolo de alegría, calor y pureza. Luego les coloca los anillos: primero al novio, después a la novia, y los cambia tres veces, por Imagen de la Santa Trinidad. Según el Estatuto, el anillo del novio debe ser de oro y el de la novia de plata, así, después del triple cambio, al novio le queda el anillo de la novia y a ésta el del novio, en señal de fidelidad. Los anillos pueden también ser de otro metal.

Después del oficio de los esponsales, los novios pasan al centro del templo. El sacerdote les pregunta si es libre su deseo de casarse, si no se habían prometido a otros. Luego se leen las tres oraciones donde se ruega la bendición Divina a los contrayentes del matrimonio y se recuerdan las piadosas uniones matrimoniales del Viejo y del Nuevo Testamentos. Se sacan las coronas — coronas ricamente adornadas, similares a las de los zares, y se ponen sobre las cabezas de los novios. La corona es la imagen de la corona del Reino Celestial y también símbolo de martirio. El sacerdote, con los brazos elevados hacia Dios, repite tres veces: “Señor, nuestro Dios, coronalos con gloria y honor,” luego lee fragmentos de epístola apostólica y del Evangelio que narran la bendición del Señor al matrimonio en Kana de Galilea.

Se trae el caliz con vino — símbolo de copa de la vida con sus alegrías y amarguras que los esposos tienen que compartir hasta el fin de su vida. El sacerdote brinda el vino a los novios tres veces. Luego junta sus manos y los lleva alrededor del atril tres veces, mientras se cantan los troparios de la boda. El círculo es símbolo de que el sacramento se efectuó para siempre; el seguir al sacerdote — es forma de servicio a la Iglesia.

En conclusión del sacramento, los esposos se colocan frente a las Puertas Reales del altar, donde el sacerdote pronuncia la palabra de instrucción. Y entonces los parientes y los amigos felicitan a la nueva familia cristiana.

Los supersticios relacionados con las nupcias.

Las reminiscencias del paganismo se dejan sentir a través de distintos supersticios, que siguen perdurando en el pueblo. Por ejemplo: se dice que si un anillo caiga de la mano, o que si se apague la vela nupcial, pues habrá desgracias, una vida matrimonial difícil, pronta muerte de uno de los esposos. También se cree que aquel de los dos novios que primero pone el pie sobre el paño blanco en el piso delante del sacerdote, será el que llevará la voz cantante en la familia.

Son, desde luego, vanas fantasías que de ningún modo deben ser tomadas en serio.

El seguimiento a los contrayentes del segundo matrimonio.

La Iglesia no mira con buenos ojos al segundo matrimonio y lo acepta únicamente en plan de condescendencia a las debilidades humanas. Al seguimiento de los de segundo matrimonio se agregan dos oraciones de arrepentimiento, sin preguntas sobre libre voluntad. Este oficio se realiza cuando el novio y la novia se casan en segundas nupcias. Si uno de los dos se casa por primera vez, el seguimiento del oficio es normal. Nunca es tarde para celebrar el sacramento del matrimonio.

En el tiempo ateo se había formado una multitud de parejas sin la bendición de la Iglesia. Así y todo, sin nupcias eclesísticas los esposos frecuentemente conservan mutua fidelidad por toda la vida, educan a los hijos y hasta nietos en paz y concordia. Y sólo por alguna razón no quieren contraer las nupcias eclesísticas. La Iglesia nunca niega la gracia del sacramento, aunque los dos ya estén en la edad muy avanzada. Muchos sacerdotes confirman que las parejas de edad madura tratan el sacramento de las nupcias con mayor seriedad que los jóvenes, sustituyendo la percepción de la festividad de la boda por respeto y temor ante la grandeza del matrimonio.

Disolución del matrimonio eclesiástico.

Disolver un matrimonio eclesiástico sólo puede el obispo dirigente de la diócesis donde se efectuó la boda, en el caso de infidelidad de uno de los esposos u otras causas serias (por ejemplo: adulterio o engaño al pronunciar los votos durante la boda).

Unción (oleo para los enfermos).

Al lado del expendio de las velas, en la iglesia, conversaban a media voz dos señoras. Una, la más joven, se quejaba: "Ya hace tiempo que me siento mal. He recorrido a todos los médicos y nada. Unos amigos recomendaron la unción, decidí seguirles el consejo." La mayor se alarmó: "¡Aguanta, aguanta, querida! ¿Tu, acaso, puedes? ¿Es que estas casada, cierto?"

— Si, lo estoy.

— Pues no puedes recibir la unción, porque después no podrás tener relación íntima con tu marido.

Por casualidad, estando cerca, percibí la conversación y consideré mi deber de intervenir. He logrado demostrar que no existen ningunas prohibiciones de la Iglesia sobre la vida marital después de la unción. Entonces la mayor de las señoras concluyó: "Nada sabemos como es debido... Las abuelitas cuentan de todo."

Efectivamente, no hay otro sacramento con tanta superstición y prejuicio como el de la Unción. ¡Cuanta cosa se oye de las feligreses mayores, que se creen tan conocedoras del Estatuto eclesiástico! Que después de la Unción no se puede lavar, comer carne; que se debe ayunar los lunes, pero — lo especial — que pueden recibir la Unción únicamente los moribundos. Nada de esto es verdad.

El sacramento de la Unción u oleo-bendición — como se dice en los libros de los oficios eclesísticos, quedó establecido por El Señor Jesucristo. Leemos en el Evangelio de Marco como los apóstoles, predicando por toda Palestina, untaban a los enfermos con el óleo y los curaban. El significado de este sacramento lo presenta especialmente completo el apóstol Jacobo en su Epistola:

"¿Está alguno enfermo entre vosotros? llame á los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si estuviere en pecados, le serán perdonados. ¿Está alguno enfermo entre vosotros? — Llame á los ancianos de la iglesia, y oren por él, ungiéndole con aceite en el nombre del Señor. Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará; y si estuviere en pecados, le serán perdonados" (Santiago: 5:14-15).

De modo que la Unción es el sacramento para sanarse. Un escritor ortodoxo del siglo XIX E. Poselyanin escribía: "Nada está dicho que la enfermedad debe ser mortal o que la persona debe encontrarse en situación desesperante. No hay que olvidar que el cristianismo reconoce el sufrimiento del alma como una dolencia... De modo que si yo sufro espiritualmente por la muerte de personas allegadas, o por otra desgracia, si necesito algún impulso de gracia divina para coger fuerza, para liberarme del ahogo de la desesperación, — yo sí puedo acudir a la Unción."

Pero también con una dolencia corporal debe el hombre dirigirse a Dios con oración, no confiando sólo al médico, quien no es otra cosa sino herramienta de la Providencia Divina.

Normalmente la Unción se efectúa en casa, en la cama del doliente, pero en la Cuaresma se hace en las iglesias. En el proceso del sacramento, que offician varios sacerdotes juntos, (sobor), se bendice el oleo — aceite vegetal, se

leen 7 apóstoles y Evangelios, 7 amplias oraciones. Después de cada lectura, el sacerdote unta a los que reciben la Unción, la cabeza, el pecho, las manos, los pies. El oleo — imagen de la merced Divina, del amor y de la compasión (recordemos lo del misericordioso samaritano).

Aparte de sanación de las dolencias, la Unción nos da perdón de los pecados olvidados (¡que no de los encubiertos a propósito!). El hombre, por causa de la debilidad de la memoria, pueda que no confiesa todos sus pecados, así que no hay por que hablar de la importancia del sacramento de la Unción.

Las personas físicamente sanas no pueden acudir a este sacramento sin la bendición del sacerdote.

Con el myro y oleo.

Uno de los nombres del Salvador — Cristo, traducido del griego, significa “el Ungido.”

Unción con el oleo (aceite vegetal) significaba en los tiempos antiguos ser elegido para el servicio a Dios y ser participante de los Dones del Espíritu Santo. Así, Moisés, ungió con el oleo a Aarón y a sus hijos a quienes Dios destinó para sacerdocio (Ex. 40:15), Samuel ungió a Saul para rey (1 Rey. 10:1), Elías a Eliseo para profeta (3 Rey. 19:15).

Después de Pentecostés, cuando el Espíritu Santo bajó sobre la Iglesia del Nuevo Testamento, oleunción se hizo el bien de todos Sus miembros. En nuestros días el sacramento se oficia ante la pila de bautismo y durante las vigili­as nocturnas.

La unción durante el bautismo de la frente, pecho, orejas, manos y pies tiene varios significados. Primero: significa unión con Cristo, como de una rama salvaje con fructífero árbol de aceitunas; segundo: muerte para el pecado, porque antes untaban a los difuntos con el oleo; tercero: fuerza para seguir la lucha contra el pecado, como los antiguos luchadores se untaban con oleo. Al hacer la unción del bautismo el sacerdote pronuncia: “se unta el siervo de Dios (nombre) con oleo de alegría, en nombre de Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos, amen.”

La Unción en las vigili­as nocturnas en vísperas de un día festivo se hace sobre todos los feligreses en el templo como la bendición, como ayuda para los logros futuros. Este se realiza con la oración y el llamamiento de aquel para quien se oficia el servicio.

De la Unción simple debe distinguirse el sacramento de la Unción (Hecho por Concilio), que se efectúa sobre un enfermo. Aquí el oleo se bendice con una oración especial y el cuerpo del doliente se unge siete veces.

La fuerza de sacramento tiene en la Iglesia una unción más — la unción con Santo myro, un compuesto aromático de muchas sustancias (oleo, aloe, smirna, aceite de rosa, mármol pulverizado y otras). La multitud de los componentes es símbolo de la multitud de distinción de las bondades cristianas. Según el Estatuto bendecir el myro debe un obispo o Concilio de obispos. El Santo myro se conserva en el templo sobre Mesa o Trono del altar.

La unción con el Myro se hace inmediatamente después del bautismo. Sobre la frente, los ojos, las fosas nasales, labios, pecho, manos, pies del bautisante el sacerdote pone una gota de myro, diciendo cada vez: “**Sello del Don del Espíritu Santo. Amen.**” Este sacramento no se repite como el bautismo. Únicamente los zares coronados por la Iglesia eran honrados de recibirlo dos veces (en el bautismo y en la coronación).

Se sabe que un cristiano tiene derecho de bautizar a otro si es que el primero corre peligro de muerte. Pero si el peligro pasa y el doliente queda con vida, este bautismo deberá ser complementado por la unción con myro — Confirmación. Mediante este mismo sacramento, según la práctica existente, se unen a la Iglesia los representantes de algunas confesiones del rito antiguo o diferente al ortodoxo.

Las Horas Reales.

Las Horas son cortos oficios eclesiásticos, establecidos por la Iglesia para conmemorar ciertos sucesos sagrados. Existe la primera, tercera, sexta y novena hora.

- En la primera hora se conmemora la expulsión del paraíso de Adán y Eva y el comparecer de Cristo ante el juicio de Caifás.
- En la tercera — el descenso del Espíritu Santo sobre los Apóstoles.
- En la sexta — la crucifixión del Salvador.
- En la novena — la muerte del Salvador sobre la Cruz.

Las horas se ofician normalmente en el siguiente orden: La primera — al terminar la vigilia nocturna, después de maitines. La tercera y la sexta — inmediatamente antes de la Liturgia. La novena, según el Estatuto, debe leerse al comienzo de la vigilia nocturna, antes de la víspera, pero en muchos templos parroquiales no se oficia.

La base de oraciones de las Horas consiste de salmos (tres en cada uno) y también de los himnos del día correspondiente — cánticos y kondakios. Sin embargo, tres veces por año se ha establecido el orden ceremonial especial de las horas, que en los libros de oficios sagrados se denomina Horas Magnas y entre la gente — Reales. La denominación popular “Reales” proviene de una antigua tradición bizantina: El propio Emperador debía estar presente

en estas Horas en la catedral, y para ello dejaba todos los asuntos estatales. Rusia tomó la tradición de la iglesia bizantina y nuestros príncipes y zares estrictamente seguían sus establecidas reglas.

Las horas Reales se ofician en vísperas de las fiestas de Navidad y Epifanía en los llamados días-vísperas (el anterior a la fiesta) el 6 y el 18 de enero, y se dedican a estos sucesos sagrados, y también en el Viernes Santo — por las Pasiones del Señor. Aparte de los salmos, en cada Hora (todos ellos se ofician seguidos, desde el primero hasta el noveno) se lee la “paremia” — un fragmento del Antiguo Testamento, que contiene la profecía sobre el día correspondiente, el texto del Apóstol y del Evangelio. Además se cantan cánticos especiales. Si algunas de las vísperas de la fiesta cae un sábado o un domingo, las Horas Reales se mudan para el viernes precedente y entonces no hay liturgia este día.

Ahora no hay en Rusia zares, ortodoxos fieles, pero las horas Reales no dejan de serlo, debido a que en los templos está presente con su gracia, el Rey Celestial. No olvidemos las Horas Magnas, con ellas comienzan los festejos de Natividad, Epifanía y de Pascua.

Passia (Pasión).

El oficio ortodoxo más tarde escrito, fue la “Passia” (“sufrimiento,” pasión en griego) y fue compuesto a mediados del siglo XVII por el metropolitano de Kiev Pedro (Mogila), compositor de muchas formas litúrgicas. Las passias han sido inicialmente muy conocidas en las regiones sureñas de Rusia, pero en el principio del siglo XX, ya se oficiaban en todas partes. El orden de passia se oficia 4 veces por año (por el número de los Evangelistas), el segundo, tercero, cuarto y quinto domingo de la Cuaresma o Gran Ayuno, se oficia al atardecer. De acuerdo a su nombre, es evidente, que en estos oficios se rememoran los sufrimientos salvadores del Señor Jesucristo. Tras cada passia se leen las narraciones evangélicas respectivas: en la primera — Cap. 26-27 de San Mateo, en la segunda — Cap. 14,15 de San Marcos, en la tercera — Cap. 22-23 de San Lucas y en la cuarta — Cap. 18-19 de San Juan. Según la tradición, los feligreses escuchan la lectura de los Evangelios parados y con las velas encendidas en las manos.

Aparte de ello, oímos en la passia durante el oficio del Viernes Santo (día de la muerte corporal del Señor) ciertos cantos que son muy conmovedores. Así, se ejecuta el versículo “Venid, alabad a José memorable...” que se canta durante la veneración del Santo Sudario de Cristo, delante del cual, se postra y luego lo besa, el Viernes Santo; Antes de la lectura del Evangelio se oye el Proquimenon “Repartieron entre sí Mis vestidos, y sobre Mi ropa echaron suertes.” Estas y otras oraciones nos elevan a la Gólgota, recordándonos una vez más la meta final de la Gran Ayuna: la co-crucifixión con Cristo.

En la passia, sin falta, se pronuncia el sermón en el cual se explica el significado de la Expiación. El rito antiguo de este oficio, no previó en añadir otras partes, pero la benevolencia popular agregó al Evangelio y al sermón un akátisto a la Cruz de Cristo o a las Pasiones del Señor, que normalmente se cantan no sólo por el coro, sino, también por todos los feligreses. No es extraño que la passia es tan amada por los cristianos ortodoxos rusos.

Es verdad que, en ciertos círculos, existe la opinión de que la passia es producto del catolicismo; sin base ninguna, vislumbran en ella una semejanza a las misas católicas de Bach para la Semana Santa (las conocidas “Pasión según San Mateo,” “Pasiones según San Juan”). Por lo contrario, el metropolitano Pedro compuso una extensión de ella, como contrapeso a los pomposos oficios religiosos católicos por la causa de los cuales muchos aficionados a la solemnidad externa, aceptaban la “Unión” de la ortodoxia y el catolicismo.

El espíritu de passia es de carácter completamente ortodoxo: la casual similitud con los oficios católicos según la forma, esta disuelto en un profundo contenido moral y espiritual.

La oración de San Efrén de Siria.

- “Señor y Soberano de mi vida, sacad me el espíritu de ociosidad, de aflicción,
- el deseo de mandar y el exceso de palabra.
- Concédeme, a Tu siervo, el espíritu de castidad, humildad, paciencia y amor.
- Oh Señor y Rey, haz me ver mis propios pecados y enséñame a no juzgar a mi hermano, porque eres bendito por los siglos de los siglos! Amen.”

Durante la Cuaresma, los feligreses continuamente leen esta oración. Desde el lunes hasta el viernes esta oración se pronuncia en cada oficio de iglesia.

La oración del Santo Efrén de Siria se pronuncia dos veces. Durante la primera lectura, se debe postrar tres veces, una vez después de cada versículo. Después hacer doce inclinaciones de cintura, pronunciando las palabras “Dios purifícame, un gran pecador!” Después, otra vez repetir la oración completa, y al final del tercer versículo se debe postrar una vez más.

Esta oración nos sirve para acordarnos de nuestros pecados y ayudar en el esfuerzo personal de toda persona que ayuna, con el objeto de liberarnos de ciertas dolencias espirituales, las cuales estorban nuestra comunicación con Dios, destruyen nuestra esencia interior, y nos alejan del prójimo.

¿Para qué inclinarse y postrarse? La iglesia nunca separaba el alma del cuerpo. El hombre desobedeció a Dios y al caer, debe renacer nuevamente. Nuestro cuerpo es santo hasta tal punto, que Dios “se hizo cuerpo” (carne).. La salvación y arrepentimiento — no son desprecio del cuerpo ni desatención del mismo, como afirman algunos, sino por lo contrario, restitución del cuerpo en su auténtica función - como templo del espíritu. El ascetismo cristiano — no es una lucha contra el cuerpo, sino por él. Por lo tanto, se arrepiente el hombre entero — el alma y el cuerpo. Las inclinaciones son signos de arrepentimiento y sumisión, obediencia y veneración a Dios.

Colores de las vestimentas de los oficios sagrados.

Aquel que presenció, aunque sea una sola vez, el oficio sagrado ortodoxo, con seguridad se había fijado de la belleza y solemnidad de las vestimentas. La diversidad de colores es una parte inseparable de la simbología litúrgica-eclesiástica y el medio de motivar los sentimientos de los feligreses. La gama cromática de las vestiduras abarca todos los colores del arco iris: rojo, amarillo, naranja, verde, azul celeste, azul marino, violeta; su conjunto — el blanco y el opuesto del último — el negro. Cada color se apropia a un determinado grupo de días festivos o de los ayunos.

El color blanco, que unifica en sí a todos los colores del arco iris, simboliza la luz Divina, no creada. En los vestidos blancos se oficia los días de las fiestas magnas de Natividad de Jesucristo, Epifanía, Ascensión, la Transfiguración, la Anunciación de la Virgen Santa y también en ellos comienza los Maitines de la Pascua de Resurrección.

El color rojo: siguiendo al blanco, continua los oficios de Pascua y sigue hasta Ascensión. Es símbolo del ardiente amor Divino hacia la especie humana. Pero también es el color de la sangre, por eso en las vestimentas rojas se celebran los oficios en honor de los mártires.

El amarillo (oro) y anaranjado son colores de la gloria, de la grandeza y de dignidad. Son propios para los días dominicales, días de Dios — Rey de Gloria, además en las vestimentas de oro la Iglesia celebra los días de Sus untados especiales — profetas, apóstoles y santos de alta jerarquía eclesiástica.

Verde es combinación del amarillo y del azul celeste. Está para los días de los santos justos y testifica, que la hazaña monástica vivificó al hombre a través de su unificación con Cristo (color amarillo) y lo eleva al cielo (azul celeste). Con el color verde de todos los tonos, según la antigua tradición, offician en el Domingo de Ramos, el día de Santísima Trinidad (Pentecostés) y el Lunes del Espíritu Santo.

El azul celeste o el azul es el color de los Días de La Santísima Virgen. Es el color del cielo y corresponde a la enseñanza sobre La Madre de Dios, Quien llegó a contener al Habitante del Cielo en Su purísimo vientre.

El color violeta se asimiló para los días de la Cruz Divina. En este color se unieron el rojo, el de la Sangre de Cristo y de Resurrección y el azul que nos indica que La Cruz nos abrió el camino hacia el cielo.

El color negro o marrón oscuro esta más propio por su espíritu a los días de Cuaresma o Gran Ayuno. Es símbolo del renuncio del traje terrenal, es el color del llanto y arrepentimiento.

Nuestra ayuda al difunto.

Ha muerto alguien de los allegados... Tarde o temprano todos topamos con este fenómeno misterioso de la muerte y cada persona decente, en la medida de sus fuerzas y posibilidades, trata de darle al difunto la última atención y acompañarlo debidamente en su último camino terrenal. Nos preocupamos por el suministro del ataúd, organización del entierro, preparación de la “comida de exequía.” Pero a veces no nos damos cuenta de que ni el ataúd, ni la comida de exequía, no hacen falta al propio difunto. Desnudo sale el ser humano de vientre materno y vuelve desnudo al vientre de la tierra. Y sólo necesita de nosotros: la oración. Después de la muerte del cuerpo, Dios indica al alma el lugar donde debe permanecer hasta el día del Juicio Final — en el paraíso o en el infierno, dependiendo de cómo se ha vivido en la tierra. Los pedidos recordatorios, los oficios del trisaje fúnebre y las oraciones por los difuntos durante la liturgia ayudan mucho a las almas en el otro mundo.

En los relatos de la vida de los santos hay un relato sobre el justo Macario el Grande, quien oraba por todos los difuntos. El había visto una vez en el desierto un cráneo que por la fuerza de Dios le comunicó que los pecadores más empedernidos obtienen algunos alivios en sus sufrimientos gracias a las oraciones de él.

El deber primordial e ineludible de cada creyente es la organización del funeral de su difunto familiar. Se puede economizar en lo que sea, pero nunca en el oficio funeral. Este debe celebrarse el tercer día después de la muerte, no antes (el día de la defunción es el primero, aunque si ha sucedido apenas minutos antes de la medianoche). Es preferible celebrar el oficio funeral en la iglesia o en el cementerio. En casos extremos se puede celebrar el funeral sin el cuerpo presente del difunto.

Es muy importante entregar al difunto a la tierra. La cremación es un uso ajeno a la Ortodoxia, tomado de las culturas orientales. Aun si el difunto durante la vida indicó su voluntad de que su cuerpo este sometido al proceso de cremación, no es pecado de no cumplir su voluntad.

Al 9-o y al 40-o día después de la muerte, se debe encargar en la iglesia un oficio por el alma del difunto, por el perdón de sus pecados. Especialmente importante es el 40-o día, cuando sucede el juicio particular de Dios sobre el alma y se determina su destino hasta la Segunda Llegada de Cristo. La oración por el difunto será más efectiva si en los días recordatorios alguno de los parientes del difunto comulguen y reciban la Santa Eucaristía.

El oficio de trisaje fúnebre debe celebrarse también en el futuro: en el día de su cumpleaños, el día de su santo, y en la fecha de su muerte. Pasar notas memoriales se puede todos los días y también poner velas. No se debe ofender al difunto en el cementerio, tomando alcohol o derramándolo sobre la tumba. Es mejor prender una vela, orar, arreglar la tumba. En casa, durante la “comida de exequía,” la gente rusa ingiere platos especiales de ayuna llamados: “kutiya” (arroz con miel o uvas pasas).

Si el difunto era muy creyente, no blasfemó la Iglesia ni a Dios, confesó sus pecados mortales, en la iglesia se encargan por él las oraciones recordatorias por largo tiempo — por 40 días, durante medio año o un año. En los monasterios se toman “eternos” recordatorios (hasta cuando se conserve el monasterio).

¿Se puede oficiar el funeral por los difuntos de otra religión?

Esta pregunta surge a menudo. Prestemos atención que la pregunta no es, si se puede orar por los difuntos de otra fe sino, si es permisible oficiar el trisaje fúnebre o los oficios por sus almas. Estas dos cuestiones se pueden distinguir claramente: orar simplemente por los difuntos cristianos de otras religiones, u oficiar por ellos un servicio eclesástico.

Una oración particular, por un cristiano difunto de otra denominación religiosa no se prohíbe, se puede rezar por este cristiano leyendo los salmos ante el ataúd, dar limosnas en recuerdo de su alma. Pero el oficio de trisaje funeral o el oficio por su alma están compuestos con la certeza de que el difunto ha sido un miembro fiel de la Iglesia Ortodoxa.

Guardando la pureza de su enseñanza Ortodoxa y de todo el orden de la vida establecido por Dios, la Iglesia desde siempre prohibía a los obispos, cleros y laicos comunicarse o rezar no sólo en el templo sino, también en los hogares, con todos los herejes, apartados y excomulgados de la Iglesia. La seriedad con que la Iglesia resguardaba a sus hijos del peligro de contaminación de cualquier herejía se extendía hasta la prohibición del clero de oficiar una oración o celebración en presencia de los herejes. Estos establecimientos canónicos tienen por base la eterna palabra de Cristo: *“Y si no oyere á ellos (si persiste en su herejía), dilo á la iglesia: y si no oyere á la iglesia, tenle por étnico y publicano”* (Mt. 18:17). Estando fuera de la Iglesia en la vida, los herejes y apartados están más lejos de Ella después de su muerte, ya que entonces se les cierra la misma posibilidad del arrepentimiento y volver hacia la luz de la verdad.

Por lo tanto es muy natural que la Iglesia no puede brindar por ellos el “Sacrificio sin sangre” (Eucaristía) pidiendo clemencia, y ninguna oración en general. Esto está claramente prohibido en la palabra del Apóstol (1 Juan 5:16). Siguiendo a los testamentos de los Apóstoles y Santos Padres, la Iglesia ora sólo por paz de los cristianos ortodoxos, fallecidos en la fe y arrepentimiento, como miembros vivos del Cuerpo de Cristo. Entre estos pueden estar también los que, después de haberse separado, se habían arrepentido y vuelto nuevamente a la Iglesia.

Fiel en todo al Espíritu de la antigua Iglesia Universal, nuestra Iglesia Ortodoxa Rusa no sólo prohibía oficiar funerales a gente de otras religiones — católicos romanos, protestantes, armenios y otros — sino hasta oficiar por sus almas. Más por el sentimiento de piedad cristiana, había aceptado para ellos una excepción: en el caso que un cristiano de otra religión muera y, por falta de un sacerdote o pastor de su religión, se permite a un sacerdote ortodoxo, vestido en el felón, despedir el cuerpo del difunto hasta el cementerio y, con el canto de Trisagio acompañar el descenso de su ataúd a la tumba. La entrada del cuerpo del difunto de otra religión en la iglesia ortodoxa no se permite.

La amplitud del amor cristiano ortodoxo, en nombre del cual se permite a veces la oración en la iglesia por difuntos cristianos de cualquier confesión, no puede sin embargo extenderse hasta la desatención de la enseñanza de la fe ortodoxa, cuyo tesoro conserva por siglos nuestra Iglesia. De otra manera se borraría la faceta que distingue la Única Iglesia Auténtica de las otras, que se apartaron de la gracia de la unión con Ella.

La iglesia prohíbe rezar, en la iglesia, por los difuntos mahometanos, budistas, judíos y otros creyentes que no reconocen al Señor Jesucristo.

Cómo se denominan los Santos.

Las personas complacen a Dios por diversos caminos. El Padre Celestial reparte los talentos a cada cual en la medida correspondiente y recibe de cada uno su producto en Su gloria. La Iglesia glorifica a los santos de Dios en diversos grados.

Profetas — personas que han recibido de Dios el don de prever el futuro y han comunicado al mundo los caminos de Su Providencia. Los Profetas más venerados: Elías (su día el 2 de agosto), Juan Bautista (7 de julio, 11 de septiembre). Se conocen mujeres - profetas (por ejemplo la justa Ana (16 de febrero).

Apóstoles — discípulos de Cristo que Lo acompañaron en Su misión para el servicio a la gente y luego esparcieron Su enseñanza por todo el mundo. Los Apóstoles Pedro y Pablo (12 de julio) se denominan los supremos apóstoles.

Equi-Apóstoles— los Santos que, al igual que los Apóstoles, se esforzaron en convertir al cristianismo países y pueblos. Así, el santo bautista de la antigua Rusia, Gran Príncipe Vladimiro (28 de julio), la Gran Princesa Olga (24 de julio), Zar Constantino y Zarina Elena (3 de junio).

Jerarcas— patriarcas, metropolitanos, arzobispos y obispos, que llegaron a la santidad por la incansable dedicación a su rebaño, resguardo la Ortodoxia de las herejías y cismas. Entre la multitud de los santos, los más venerados por el pueblo ruso son: Nicolás de Myra de Licia (19 de diciembre, 22 de mayo), san Basilio el Grande, San

Gregorio el Teólogo y San Juan Crisóstomo (los tres últimos se conmemoran el 12 de febrero), los jefes de Moscú Pedro, Alexis, Jonás, Felipe, Job, Germogeno y Tihon (los siete el 18 de octubre).

Beato — santos, venerados por su hazaña monástica. Por medio de la ayuna, oración y trabajo, desarrollaban en sus almas grandes cualidades de bondad: humildad, castidad y mansedumbre. Casi todos los monasterios están glorificados por un santo venerado, que complació a Dios. En Rusia es muy querido el beato San Sergio de Radonezh (18 de julio, 8 de octubre) y el beato San Serafím de Saróv (15 de enero, 1 de agosto). Entre las mujeres beatas, una de las más conocidas es Santa María de Egipto (14 de abril).

Mártires — la mayoría de los Santos, han sufrido torturas y muerte de mártir en nombre de Cristo, por la verdadera fe, negando a venerar a los ídolos. Los que han sufrido el martirio muy cruel son llamados “gran mártires.” Entre ellos están: Gran mártir y médico Pantaleón (9 de agosto), Gran mártir y Victorioso San Jorge (6 de mayo), Gran mártir Santa Bárbara (17 de diciembre), Gran mártir Santa Catalina (7 de diciembre).

Mártires-sacerdotes, recibieron la muerte en el hábito sacerdotal, y los **mártires beatos** — en el hábito monástico.

Los **confesores** son los santos, denominados en la Iglesia por mucho sufrimiento en Nombre de Cristo, pero que evitaron la muerte del martirio.

Los santos **fieles en la fe** — los Zares y príncipes que habían usado su poder y riquezas para las obras de beneficencia, ilustración, conservación de santuarios y objetos sagrados. Entre ellos: Alejandro de Neva (12 de septiembre, 6 de diciembre), Dimitrio de Don (1 de junio).

Los **nechos por Cristo** — que por propia voluntad tomaban la apariencia de dementes y conformidad ante la burla y el maltrato de parte de los circundantes, ellos acusaban los pecados de la gente, persuadían a los poderosos, consolaban a los que sufrían. Entre ellos: Xenia de San Petersburgo (6 de febrero).

Los **santos muy sufridos**. Especialmente se veneraban en Rusia los santos mártires, que perecieron resignados a mano de bandidos y malhechores. Los primeros de ellos en Rusia fueron los Santos príncipes Boris y Gleb (6 de agosto), Tzar Nicolás II y su familia (Julio 17).

Los **santos altruistas y curadores** — tenían el don de cura y lo usaban para curar a los enfermos desinteresadamente. Los santos son: Kosmas y Damiános.

Ángeles — espíritus sin cuerpo, servidores de Dios, anunciadores de Su Voluntad. El Mayor de ellos en el Mundo Angelical es Arcángel Miguel (21 de noviembre).

Los Santos que no entran en ninguna de estas categorías son venerados como santos justos. Así denomina la Iglesia a los Santos Joaquín y Ana (22 de septiembre), Sacaría e Isabel (8 de julio), el justo padre san Juan de Kronshtadt (2 de enero).

La bendición de los ramos: “Se bendice esta palma...”

En la tarde sabatina, en vísperas de la fiesta de Entrada del Señor a Jerusalén, se transforman todos los templos ortodoxos. Los feligreses, que afluyen masivamente al oficio, portan flores y ramas de palmas o de sauce y las iglesias comienzan parecer a floridos campos. ¿De dónde viene esta bellísima costumbre y cuál es su significado espiritual?

El Señor Jesucristo entró a la Ciudad Santa unos días antes de Su martirio y muerte. Aquí concluyó El Su servicio en el campo de Mesías. El pueblo judío, elegido por Dios en el Antiguo Testamento, debía recibir del Mismo Cristo el testimonio de Su Dignidad Divina. Y así entra El Señor a Jerusalén, acompañado por multitudes de gente.

Sintiendo la magnificencia de lo que sucedía, que desbordaba los corazones, exclamaban Hosanna a Cristo, cubriendo Su camino con ramas verdes de palma. Desde siempre se recibían con tanta solemnidad los reyes y los grandes conquistadores y ahora se expresaba de este modo el anhelo milenario de los judíos por la llegada del Rey terrenal que restablecerá el trono de David. El pueblo no estaba en capacidad de concebir que el Reino de Cristo no era de este mundo. Desde entonces han pasado dos mil años. Mas todos los años, como los habitantes de Jerusalén, llegamos nosotros a recibir a Cristo en nuestras iglesias con las ramas de árboles (*vaiya*, en eslavo). En Rusia no se dan las palmas, ni siquiera los otros árboles florecen aún por el frío de la temporada, solo el sauce se cubre con delicados capullos de peluche. El sauce es el símbolo de la primavera, de renacimiento espiritual propio de esta época del año. El sauce guarda las hojas pero aún no las muestra, haciendo comprender con ello que nuestro júbilo por la Entrada del Señor no es completo, sino guarda en sí los inicios de la magna alegría de Pascua. La bendición de los sauces sucede durante el oficio festivo de vigilia nocturna. Luego de la lectura del Evangelio los sacerdotes inciencian a los sauces con aromático humo, leen la oración y rocían las ramas con el agua bendita. Normalmente el rociamiento bendito se repite en el mismo día de la fiesta, después de liturgia. Los llevan a sus casa los sauces bendecidos donde se conservan piadosamente como el signo de la Gracia Divina, hasta el año siguiente. Después las ramas se queman, sustituyéndolas por nuevas, o preparan con ellas unas almohadillas que colocan en el ataúd bajo la cabeza de un difunto.

La fiesta de la Entrada del Señor a Jerusalén separa la Cuaresma de cuarenta días de la Semana Santa, reforzándonos ante los días de Pasiones de Cristo. Llevemos pues al templo para el solemne oficio de fiesta las palmas y flores vivas para oír las palabras alegres: “Se bendicen los sauces estos, con la Gracia del Espíritu Santo, con rociamiento del Agua Bendita en Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amen.”

La confesión.

¿Qué hacer cuando la conciencia tortura a la persona? ¿Que hacer, cuando el alma se llena de angustia?

La Iglesia Ortodoxa aconseja confesarse. La confesión es la denuncia del pecado, es la decisión de no repetirlo más.

Nosotros pecamos contra Dios, contra el prójimo, contra nosotros mismos. Pecamos con los hechos, con palabras, hasta con los pensamientos. Pecamos por inducción del diablo, por influencia del mundo circundante, por propia mala voluntad. “No hay hombre que viva sobre la tierra y no peque” — se dice en la oración por los difuntos. Pero tampoco hay un pecado que no sería perdonado por Dios por medio de la confesión. Para la salvación de los pecadores Dios se hizo hombre, ha sido crucificado y resucitó de los muertos. Los Santos Padres comparan la misericordia de Dios con el mar que apaga la más fuerte llama de iniquidades de los humanos.

En los templos ortodoxos la confesión se permite todos los días. En forma visible la recibe el sacerdote, en la forma invisible — Propio Señor, que ha dado a los pastores de la Iglesia el poder de perdonar los pecados. “Señor y Dios nuestro Jesucristo, por la gracia y generosidad de Su amor al hombre, que te perdone, (nombre del feligrés), todos tus pecados, y yo, indigno sacerdote, por Su poder a mi concedido, te perdono y te libero de todos tus pecados...” — esta es la oración del sacerdote. En la confesión no hay que justificarse, quejarse de las condiciones cotidianas, enmascarar los pecados con frases nubladas como “he pecado contra el sexto mandamiento,” charlar sobre temas ajenos. Hay que explicar sin sentimiento de vergüenza, (vergonzoso es el pecar, ¡no el confesar!), todo en lo que nos reprocha nuestra conciencia y las palabras evangélicas. En ningún caso se puede esconder, callar nada: el pecado se puede esconder del sacerdote, más no de Dios Omnisapiente.

La Iglesia califica como pecados graves, “mortales”: homicidio, aborto, golpiza, infidelidad conyugal, fornicar y desviaciones sexuales, robo, blasfemia, odio al prójimo que llega a la maldición, hechicería y predicción, demanda de los servicios de percepción extra sensorial, curanderos y astrólogos, alcoholismo, fumar, narcóticos.

Mas también los pecados menos graves dañan al hombre, constituyen una barrera en el camino al Reino Celestial. Las “inocentes” mentiras, grocerías, maldición pueden condenar al infierno.

Si en la confesión de algún pecado estamos firmemente decididos a seguir cometiéndolo, la confesión no tiene razón de ser. No se puede iniciar el sacramento en el estado de rencilla o arraigada enemistad con el prójimo, según Palabra de Cristo: “*Si traes tu dádiva al altar y aquí recuerdas que tu hermano tiene algo en contra tuya, deja tu dádiva ante el altar y vaya hacer paces con tu hermano*” (Mat. 5:24). Si este prójimo ya murió, hay que rezar por su alma fervorosamente.

En ciertos casos el sacerdote indica al quien se confiesa una penitencia — en cierta forma una cura espiritual dirigida hacia la extirpación del pecado. Pueden ser inclinaciones, lectura de kanon o akátisto, una ayuna severa, peregrinación al lugar Santo, — dependiendo de las fuerzas y posibilidades de aquel que se confiesa. La penitencia debe cumplirse sin falta y sólo el sacerdote que la impuso, puede quitar la sanción.

Actualmente existe una práctica nueva llamada “confesión en grupo” que consiste en que el sacerdote enfrente de los feligreses nombra por si mismo los pecados más comunes y después lee a los que se confiesan la oración absolutoria. A esta forma de confesión pueden acudir sólo los que no tienen sobre su conciencia los pecados “mortales,” pero los cristianos de conciencia honesta, necesitan de vez en cuando verificar el estado de su alma a través de una confesión individual, por lo menos cada mes.

El hombre es responsable por sus pecados desde los siete años de su edad.

El que se bautizó en una edad madura, no tiene la necesidad confesar lo referente a su vida previa al Bautismo.

“Regla” de la oración.

El ayuno y la oración son la base de la vida de un cristiano ortodoxo. El jerarca Filaret de Moscú decía: “existe una conversación del alma con Dios.” Pues al igual que en una conversación no se puede escuchar siempre a una sola persona, así en la oración es bueno hacer una pausa y escuchar la respuesta del Señor a nuestra súplica.

La Iglesia ora diariamente “por todos y por todo,” y ha establecido para cada uno la regla personal, individual de la oración. La composición de esta regla depende de la madurez espiritual, condiciones de la vida y posibilidades de cada uno. El “Libro de las oraciones” o “Devocionario” nos brinda oraciones matutinas y vespertinas, accesibles para todos. Son dirigidas al Señor, a la Madre de Dios, al Ángel Guardián. Con la bendición del padre espiritual, puede incluirse en la regla particular, las oraciones a los Santos escogidos. Si no existe la posibilidad de orar en la mañana delante de los iconos, en una condición tranquila, pues siempre es mejor decir los rezos por el camino que dejar de hacerlo en general. En todo caso, no se debe desayunar antes de decir el “Padre nuestro.”

Si la persona está enferma o muy cansada, la regla vespertina puede cumplirse no inmediatamente antes de acostarse, sino un rato antes, y al acostarse se debe leer sólo la oración del santo justo Juan Damasceno: “Soberano, Amador del hombre...” y las siguientes.

Un componente muy importante de la oración matutina es la lectura del recordatorio. Se debe infaliblemente rezar por la paz y la salud del Santísimo Metropolitano, del jerarca dirigente, padre espiritual, los padres de uno, los parientes, los padrinos y apadrinados y de todos ligados.

Si alguien no puede hacer las paces con otra persona, aún no siendo culpable, debe recordar en su oración a la persona que odia y desearle el bien sinceramente.

En la regla personal de muchos ortodoxos, entra la lectura del Evangelio y del Salterio. Así, los monjes del monasterio de Optina aconsejaban a muchos para leer durante el día un Capítulo del Evangelio, según la secuencia, y dos Capítulos de las epístolas apostólicas; en ello, los últimos siete Capítulos del Apocalipsis se leían uno cada día. Entonces la lectura del Evangelio y de las epístolas apostólicas se terminaba al mismo tiempo y se comenzaba el nuevo ciclo de lectura.

La regla de la oración la establece el mismo libro de oraciones y la confirma (tanto la propia regla, como cualquier cambio) — el padre espiritual. Una regla establecida una vez, se hace una especie de Ley y su trasgresión debe considerarse como extraordinaria, de la cual se debe decir al padre espiritual.

El objeto principal de la regla de la oración es — entonar el alma del cristiano para una comunicación viva con Dios, despertar en él, pensamientos de confesión, purificación del corazón y de la iniquidad pecadora.

Por esta razón, nosotros cumpliendo escrupulosamente lo indicado, aprendemos, según las palabras del Apóstol: “orar en todo tiempo con espíritu y alma, con toda perseverancia y súplica a todos los Santos...” (Ef. 6, 18).

Cómo orar cuando nos falta el tiempo?

¿Con qué palabras orar? ¿Que es lo que deben hacer aquellas persona que no poseen suficiente memoria, quien por escasa instrucción no habían aprendido las oraciones principales y, por fin, quien llanamente no dispone del tiempo para pararse delante de los iconos y leer las oraciones matutinas y vespertinas indicadas?

Esta pregunta está solucionada en las indicaciones del gran “anciano” Serafím de Saróv.

Muchos de los visitantes del anciano monje le confesaban que oraban poco, que ni siquiera leen completas las oraciones matutinas y vespertinas.

San Serafín había establecido para estas personas una regla de fácil cumplimiento: “Al despertar, cada cristiano que lea delante de los santos iconos la oración de “Padre nuestro” tres veces seguido, en honor de la Santa Trinidad. Luego, el canto a la Virgen “Alégrate, Virgen María...” también tres veces. Y después Credo: “Creo en un solo Dios...” una vez. Al cumplir esta regla, todo ortodoxo se dedica a sus quehaceres para los que esté puesto o que profese. Y durante el trabajo, sea en casa o por el camino, a donde sea, lee quedamente “Señor Jesucristo, ten piedad de mí, pecador” (o pecadora), y en caso de estar rodeado por otra gente, que siga su trabajo y diga con el pensamiento solo “Señor, ten piedad,” y así hasta el mediodía. Inmediatamente antes del almuerzo que repita la norma matutina. Después de almorzar y haciendo su trabajo, cada cristiano que lea igualmente quedo “Santísima Virgen, salva a mi pecador.” Yendo a dormir, todo cristiano que lea otra vez según la regla matutina, o sea: tres veces “Padre nuestro,” tres veces “Alégrate, Virgen María...” y una vez Credo.

San Serafín explicaba que ateniéndose a esta pequeña norma, se puede lograr la medida de la perfección cristiana ya que éstas tres oraciones son la base del cristianismo. La primera, como la oración dada por El Propio Señor, es el ejemplo de todas las oraciones. La segunda ha sido traída del cielo por el Arcángel en salutación a la Virgen. Y el Credo contiene en sí todas las dogmas de la fe cristiana.

Igualmente, recomendaba el anciano a leer la “oración de Jesús” durante las labores, caminando, y hasta en la cama, y citaba las palabras del Mensaje a los Romanos: “se salvará todo quien llamara el Nombre del Señor.” Y a los que disponen de tiempo, aconsejaba leer el Evangelio, los cánones, akátistos, salmos.

Qué debe memorizar el cristiano.

Existen palabras en la Santa Escritura y oraciones, que es deseable saber de memoria:

1. La oración de Señor “**Padre nuestro**” (Mt. 6:9-13; Lc. 11, 2-4),
2. Los **10 Mandamientos** del Antiguo Testamento (Ex. 6:5...; Lv. 19:18...),
3. Las **Beatitudes** y los **Mandamientos del Evangelio** (Mt. 5:3-12; Mt. 5:21-48; Mt. 6:1-3; Mt. 6:6, 14-21, 24-25; Mt. 7:15; Mt. 23:8-12; Jn. 13:34)
4. El **Credo**.
5. Las **oraciones matutinas** y **vespertinas**, según el libro de oraciones abreviado,
6. Cantidad y significado de los sacramentos.

No se debe confundir los sacramentos con el rito. El rito es un símbolo externo de una piadosa expresión de nuestra fe, mientras que el sacramento es una ceremonia religiosa en la cual la Iglesia invoca al Espíritu Santo y Su gracia desciende sobre los creyentes.

Los sacramentos son siete: Bautismo, Unción con el Mirra, Comunión Eucarística, Confesión, Casamiento, Unción con el óleo, Ordenación.

Reglas para visitar los Monasterios

Los Monjes son personas que han sido llamadas a abandonar el mundo para vivir una Vida Angélica. Por esta razón, los laicos deben visitar los monasterios regularmente, para moldear y acrecentar su propia vida espiritual alrededor de aquellos que representan el modelo de dedicación espiritual. Los monjes que verdaderamente se dedican a una vida de oración representan el verdadero propósito de nuestra vida en la tierra: amar a Dios y a nuestro prójimo. Después de poco tiempo, en ésta atmósfera, el laico es capaz de separarse a si mismo del agitado paso de su vida diaria y recobrar una perspectiva más balanceada de la vida.

Muchos monasterios Ortodoxos son tradicionalmente muy pequeños — y especialmente en nuestros días — muy a menudo los monjes se encuentran con la dificultad de balancear la vida de oración con las necesidades y distracciones introducidas por sus huéspedes. Para conservar este delicado balance, han sido desarrolladas a través de los siglos, las siguientes guías para asegurar que los visitantes no interrumpen la vida espiritual de los monjes, a los que visitan.

Estas reglas se aplican de igual manera en los monasterios masculinos como en los femeninos.

1. Cuando se llega a un Monasterio o Skiti, el Abad o Abadesa son saludados de la misma manera en que se debe saludar a un Sacerdote. El Abad no siempre es necesariamente un “Hieromonje” es decir Sacerdote, pero se le saluda y se le trata con la misma reverencia y respeto. A todos los Monjes en la Iglesia Ortodoxa se les llama y se dirige a ellos como “Padre” tengan o no el rango del Sacerdocio; y formalmente se dirige a ellos (por escrito o en discursos) como “el Monje..(y el nombre sin el apellido).” Si tienen el rango del Sacerdocio son llamados formalmente como “Hieromonje” o “Hierodiácono” si es el caso. Algunas veces se dirige formalmente a los monjes por su rango; por ejemplo, “Monje Rasófóros... (nombre),” “Monje Stavrofóros...”
2. Tal vez usted pueda saludar a los monjes o monjas del monasterio cuando se encuentre con ellos, pero no debe presionarlos a conversación alguna. Especialmente no se debe conversar con los novicios. Conversación y preguntas deben ser dirigidas al Abad o Abadesa, - si es que están disponibles- o a la persona designada para encargarse de los huéspedes. En algunos monasterios los monjes deben pedir una bendición para hablar con los visitantes. Esta es la parte más importante del aprendizaje de los monjes, la obediencia; por lo tanto su silencio no debe ser considerado por el visitante como frialdad o rudeza.
3. Normalmente los visitantes son llevados a la Iglesia o Capilla para venerar los sagrados Iconos, al ingresar al Monasterio o Skiti, y antes de hacer cualquier otra cosa. Algunos monasterios conservan las Capillas como áreas restringidas para los laicos. Los laicos deben respetar estas divisiones y no irrumpir en estas áreas reservadas.
4. La totalidad del territorio que abarque el monasterio debe ser tratado con la misma piedad como si se estuviera dentro de la Iglesia. A los niños no se les permite deambular libremente, deben estar tranquilos y cerca de sus padres.
5. Hay áreas privadas en las que los laicos no deben pasar a menos que sean invitados. Dependiendo de si es un monasterio masculino o femenino, algunas áreas quedan restringidas para ambos sexos. Bajo ninguna circunstancia un hombre puede entrar en las celdas de las monjas y de la misma manera ninguna mujer puede entrar en las celdas de los monjes.
6. Cuando se es invitado a comer a la “Trapeza” (refectorio), se debe abstener de toda conversación durante la comida, a menos que se indique lo contrario por el Abad o Abadesa. En muchos monasterios a las mujeres no se les permite comer con los monjes, y comen en un lugar separado. Esto es aplicable también a los hombres que visitan un monasterio femenino. Durante la comida en la Trapeza (refectorio), los visitantes deben seguir la guía del Abad o Abadesa durante el tiempo que dure la comida; esto incluye estar de pie frente a su asiento durante la bendición, esperar a que el Abad se siente, antes de que nosotros lo hagamos; esperar a que el Abad empiece a comer antes que nosotros, y esperar a que el Abad tome su bebida antes que nosotros (esto normalmente se indica con el toque de una campana pequeña o una pequeña bendición). Al final de la comida, se debe levantar cuando el Abad se ponga de pie, aunque usted no haya terminado sus alimentos, y únicamente puede seguir comiendo si le invitan a hacerlo. Normalmente cuando el Abad se levanta, la comida finaliza; y comienzan las oraciones de agradecimiento después de la comida.
7. En muchos monasterios tienen casas de huéspedes (Xenona) para los visitantes, normalmente afuera del monasterio. Algunos monasterios no aprueban que los visitantes pernocten dentro del monasterio. Si usted esta de visita en un monasterio o en la casa de huéspedes, debe asistir a todos los oficios que le sea permitido estar. (Algunas comunidades monásticas no permiten el acceso a ningún oficio a laicos, porque puede ser motivo de distracción para los monjes. De cualquier manera usted debe determinar con el Abad o su representante a que oficios puede asistir) Si usted esta permaneciendo en el monasterio y quiere salir de el por cualquier razón, como para salir de caminata, debe pedir bendición para esto. Naturalmente los cigarrillos no se pueden fumar en ninguna parte del monasterio o casa de huéspedes. En los monasterios Ortodoxos nunca se come carne, por lo tanto si se esta en la casa de huéspedes y tiene oportunidad de preparar sus propios alimentos, no debe preparar nada que contenga carne. Cuando usted deja la casa de huéspedes debe dejar la

- habitación en las mismas condiciones en que la encontró, los monasterios no son hoteles o sitios para vacacionar, por lo tanto no hay empleados que se encarguen de limpiar o arreglar lo que dejan los huéspedes.
8. Cuando se visita un monasterio, aunque sea por poco tiempo, se debe llevar siempre un regalo, tales como aceite de oliva, velas, dulces, frutas o vegetales, brandy, etc.
 9. En el Día de Fiesta del monasterio, uno debe congratularse con un pequeño regalo. El Día de Fiesta del monasterio es de extrema importancia para la vida espiritual del monasterio, y de grandes bendiciones para aquellos que visitan el monasterio o Iglesia en este día. Por influencia Protestante y el declive de la piedad en la Iglesia Romana en América, los conversos que provienen de estas Iglesias, son generalmente fríos en su veneración a los Santos. Se olvidan completamente de los Días de Fiesta, así como de su Santo Patrón (el cual debe ser celebrado con gran festividad, mucho más que los cumpleaños) y de aquellos que se celebran en Monasterios e Iglesias parroquiales. La Iglesia Ortodoxa nunca ha perdido la percepción de la gran interacción, entre nuestro mundo físico de los sentidos, y el mundo espiritual de los Santos. De esta manera, aquellos creyentes piadosos que se sacrifican y hacen viajes para visitar Monasterios, Santuarios, o Iglesias en su Día de Fiesta, de acuerdo a la Tradición de la Iglesia, reciben grandes bendiciones.
 10. Uno de los principales objetivos espirituales de cualquiera que visita un Monasterio, es buscar la confesión. Las mujeres en algunos casos pueden buscar el auxilio espiritual — desde la perspectiva monástica — de una Madre espiritual (sin embargo la Oración de Absolución solamente puede ser dicha por un Sacerdote). De hecho en Grecia no es desconocido el hecho de que incluso hombres, buscan especialmente el consejo de piadosas Monjas o Abadesas. Hay grandes ejemplos de personas influenciadas y dirigidas por una Madre espiritual; San Serafín de Sarov es un ejemplo, el fué persuadido y bendecido por una “Gerondisa”(Anciana, Madre espiritual), para tomar la Vida Angélica. Cuando uno se confiesa en un Monasterio, debe asegurarse de que, mientras ha estado orando tranquilamente y colectando sus pensamientos durante su visita al Monasterio o Skiti, los Monjes o Monjas han estado asistiendo a su ciclo completo de Oficios Divinos, rezando Cánones (regla privada de Oración), preparando alimentos, trabajando en obras que sostengan sus comunidades, y encargándose de otros asuntos importantes. Su Confesión debe, en consecuencia no ser motivo de conversaciones ociosas, o demasiado extensas o charlas indiscretas. Haga breve su Confesión, concisa y contrita; y siga los consejos que le han sido dados al pie de la letra. También debe adaptar su programa al de los Monjes, y no presionarlos para la Confesión en un tiempo específico.
 11. Al dejar el Monasterio o Skiti, el visitante debe de asegurarse de dejar un donativo por la hospitalidad recibida. La cantidad debe ser determinada por el tiempo de su estancia (en circunstancias normales la estancia en Monasterios se limita a tres días) y el número de comidas (si usted no las preparo, como sería normal si se quedara en una casa de huéspedes). Comúnmente la gente olvida el costo de las cosas, particularmente en invierno, cuando la calefacción es costosa. De cualquier manera, se debe dejar por lo menos la mitad del equivalente al costo de una habitación en un hotel modesto por el mismo tiempo. No se le debe cobrar nada porque de lo contrario se violaría la regla monástica de la hospitalidad. No obstante, debe dejar su donativo con el Abad o Abadesa aún si él o ella se rehúsan a recibirlo; pero si todos sus esfuerzos son vanos y no lo aceptan, déjelo entonces en la caja de las velas en la Iglesia o Capilla. Recuerde la amonestación de San Pablo: “Así que, si nosotros hemos sembrado en ustedes una semilla espiritual, no es mucho pedir que cosechemos de ustedes algo de lo material.”

Espiritualidad y espiritualización.

Antonio, Metropolitano de Surozh.

Comenzaré por la definición de la palabra espiritualidad, porque, hablando de la espiritualidad, nosotros hablamos de unas determinadas expresiones de nuestra vida espiritual — como oración, hazañas, vencimiento de dificultades impuestas voluntariamente en nombre de Jesucristo, que es evidente de los libros, por ejemplo, del anacoreta, Teofano el Recluso. Me parece, sin embargo, que debemos considerar el significado de la **espiritualidad** como aquello que **se está efectuando en nosotros por la gracia del Espíritu Santo**.

Esto nos coloca inmediatamente en una posición muy clara con respecto a la espiritualización. No se trata ya de la educación del hombre de acuerdo a ciertos principios y enseñanzas en el crecimiento en la oración o ascetismo por algún modelo, sino, la espiritualización consistirá en que el padre espiritual, sin importar el nivel de su propia espiritualidad, vigilaría muy atentamente lo que El Espíritu Santo efectúa con la persona y en la persona, fomentaría Su efecto, defendería contra las tentaciones y caídas, y contra vacilaciones y la duda. En consecuencia, la actividad espiritual del padre puede parecer, por un lado, mucho menos enérgica, pero por el otro — mucho más significativa que nosotros frecuentemente pensamos.

Antes de continuar, quiero decir un par de palabras sobre la espiritualización, que la última no tiene un solo sentido. Según me parece, existen tres tipos de padres espirituales.

Sobre el nivel básico, un sacerdote, al cual se le otorgó, por medio del Espíritu Santo, la gracia del sacerdocio, y el que porta en sí, no sólo el derecho, sino también, la fuerza por medio de la gracia, para oficiar los sacramentos: Eucaristía, Bautismo, Confirmación, y también de Confesión, o sea, conciliación del hombre con Dios. El gran **peligro**

que corre un sacerdote joven y con poca experiencia, pero lleno de entusiasmo y esperanza, consiste en que a veces los hombres jóvenes, saliendo de las escuelas teológicas, se imaginan que la ordenación los ha dotado de inteligencia, de experiencia, y de “diferenciación de espíritus,” y se transforman en lo que la literatura ascética denomina “jóvenes ancianos» o sea, sin poseer aún la madurez espiritual, ni siquiera el conocimiento proporcionado por la simple experiencia personal, piensan que se les enseñó todo lo que les puede ayudar a tomar por la mano al pecador y elevarlo de la tierra al cielo.

Lamentablemente, lo dicho ocurre con demasiada frecuencia y en todos los países: el sacerdote joven, por la fuerza de su sacerdocio, mas no por la experiencia espiritual y no porque Dios lo llevó a ello, comienza dirigir a sus hijos espirituales mediante “decretos” — haga esto, no haga aquello, tal literatura no la lea, acuda a la iglesia, cumple con las inclinaciones -. Todo esto lleva a una **caricatura de la vida espiritual**: sus “víctimas” hacen todo lo que hacían los santos justos, pero aquellos se basaban sobre la experiencia espiritual y no lo hacían como animales adiestrados,. Para el padre espiritual esto también es una catástrofe, porque él entra en una esfera en la cual no tiene ningún derecho de entrar, ni tiene la experiencia necesaria. Insisto en esto porque esto es un tema muy importante para el sacerdocio.

Uno puede llegar a ser “anciano» únicamente por la gracia Divina, esto es un fenómeno carismático, es un don. No se puede aprender a ser “anciano,” igual como no se puede aprender la genialidad. Todos entendemos perfectamente que Bethoven y Mozart, Leonardo da Vinci y Rublev poseían la genialidad, que no puede aprenderse en ninguna escuela, en ningún trabajo ni larga experiencia, ya que es un don de la gracia Divina.

Es posible que insisto demasiado, pero me parece que se trata de un tema muy importante, probablemente más en Rusia que en el Occidente, porque el papel que desempeña el sacerdote en Rusia, es mucho mas centralizado. Frecuentemente los sacerdotes jóvenes (por la edad, o por su inmadurez — espiritual) “dirigen» a sus hijos espirituales, en vez de criarlos.

“Criar,” significa tratarlos así, como el jardinero trata a sus flores y plantas. Hay que saber la naturaleza de la planta, las condiciones climáticas y otras, y sólo entonces se puede ayudar a la planta desarrollarse de la manera que es propia de su naturaleza. No se debe romper al hombre para rehacerlo luego a la semejanza de uno mismo. Un escritor eclesiástico occidental dijo: “Al hijo espiritual se lo puede llevar hacia él mismo y el camino interior de su vida, es a veces muy largo...” Se puede ver en los “Relatos de la vida de los Santos», como los grandes “ancianos” sabían estar consigo mismos pero al mismo tiempo poder ver en otras personas la exclusiva, irreplicable particularidad y darles — a todos la posibilidad de ser lo que son y no convertirse en réplicas de este “anciano” o, peor aún, en su repetición estereotípica.

La historia de la Iglesia rusa trae un ejemplo de lo dicho: el encuentro de los santos Antonio y Teodosio de Pechersk. A Teodosio lo educó Antonio, sin embargo sus caminos espirituales han sido muy distintos: Antonio ha sido ermitaño y Teodosio puso el comienzo de la vida monástica comunitaria. ¿Cómo pudo Antonio prepararlo para hacer lo que no haría él mismo y educarlo para ser lo que él mismo no quiso ser? Me parece que en ello se debe ver claramente la diferencia entre nuestro deseo de hacer al alumno semejante a nosotros y el deseo de hacerlo semejante a Cristo.

Ser (“*Staretz*”) “anciano,” como dije, es un **don de gracia**, es genialidad, y por esto nadie puede pensar que pudiera comportarse como tal. Pero hay una situación intermedia: la paternidad. Y, de nuevo, demasiado frecuente es el caso que un joven (y no muy joven) sacerdote, sólo porque le dicen “padre fulano,” se imagina que no es simplemente un sacerdote confesor, sino realmente un “padre,” en el sentido como decía Apóstol Pablo, que tenéis muchos cuidadores, mas yo los parí en Cristo. Lo mismo decía, en su tiempo, Santo Serafín de Saróv. La paternidad consiste en que algún hombre — pueda que no sea un sacerdote — despierte a la vida espiritual a otro hombre que, fijándose en el primero, “ha visto (como dice el viejo dicho) en sus ojos y sobre su cara el esplendor de la vida eterna” y por ello pudo acercársele y pedir que sea su preceptor y su guía.

Al padre lo distingue también como si él fuera de la misma sangre en la vida corporal, y en la vida espiritual — de la misma mentalidad espiritual con su alumno, y lo puede guiar porque existe entre los dos una consonancia no sólo de mentalidad espiritual sino de almas también. Seguramente Uds. se recordarán que, cuando el desierto de Egipto ha sido poblado de ascetas y guías, la gente no escogía a los más famosos, o como se decía, a los mejores, sino a los que más comprensión mutua les brindaban.

Esto es lo más importante, ya que la obediencia no consiste en cumplir ciegamente lo que le puede decir una persona que tenga poder material — físico o espiritual - psicológico; la obediencia consiste en que el alumno-novicio, una vez habiendo escogido a un guía a quien le confía su vida espiritual incondicionalmente, en quien él ve lo que está buscando, al cual escucha atentamente no sólo cada palabra, sino el mismo tono de su voz, y trata, a través de todas las expresiones del guía y de su experiencia espiritual, rebozar a sí mismo, unirse a esta experiencia y lograr a ser un hombre, que ya ha crecido más allá del nivel que hubiera podido alcanzar por su propio esfuerzo. La obediencia es, antes que nada, la intención de escuchar y oír no sólo con el raciocinio, no sólo con el oído, sino con todo su ser, con el corazón abierto, con una piadosa observación del secreto espiritual del guía.

Y la obligación del padre espiritual, quien los trajo a la luz de la vida espiritual o los encontró ya aquí “nacidos,” debe con humildad y de una manera muy profunda, observar y venerar lo que El Santo Espíritu realiza en ustedes. El padre espiritual, al igual como todo sacerdote parroquial consciente, debe ser capaz (lo cual se da por el precio del esfuerzo, de concentración, de un trato devoto al quien viene por su ayuda), de ver en el hombre aquella belleza de La Imagen Divina que nunca se enajena. Aun si el hombre esté lesionado por el pecado, el padre espiritual debe ver en él

la belleza de La Imagen Divina, aun si aquel ha sufrido las condiciones de la vida, o el trato negligente de su entorno, o el sacrilegio. El debe ver en este hombre el icono y venerar lo que en él quedó y, en Nombre de esta Belleza Divina que se encuentra en él, trabajar para apartar todo aquello que desfigura esta Imagen de Dios. El padre Evgraf Kovalevsky, siendo aún laico, me había dicho: Cuando Dios mira al hombre, El no ve en el hombre las virtudes que quizás ya no existan en él, ni las buenas acciones, que quizás ya no las tiene, pero El ve la inmutable, resplandeciente belleza de La Propia Imagen... Y si el padre espiritual no es capaz de ver en el hombre esta eterna belleza y el cumplimiento ya iniciado de su vocación de ser hombre de Dios según La Imagen de Cristo, pues, no puede guiarlo; al hombre no lo construyen, no lo hacen, sino le ayudan a crecer en la medida de su propia vocación.

Y aquí, conveniente aclarar un poco la palabra obediencia. Comúnmente la entendemos como subordinación, sumisión, hasta servidumbre respecto al padre espiritual o respecto a aquel que calificamos — muy en vano y en perjuicio no sólo de sí mismo sino también del sacerdote — como el padre espiritual y mi “anciano.” La obediencia consiste en lo que ya he dicho antes: en oír con todas las fuerzas del alma. Esto obliga por igual tanto al padre espiritual, como al obediente novicio. El padre espiritual debe oír con toda su experiencia, todo su ser, toda su oración y, diré más, con toda acción dentro de él de la Gracia Santísima, a lo que efectúa El Santo Espíritu dentro del hombre que a él, al padre espiritual, se ha confiado. El padre espiritual debe saber proseguir los caminos del Espíritu Santo dentro del hombre, observar piadosamente el Hacer de Dios y no tratar de educarlo sea según por propia forma, o sea según como le parece, que el hombre debiera desarrollarse, pues siendo “víctima» de su dirección espiritual.

Por **ambos lados** se requiere la **humildad**. Esperamos fácilmente la humildad de parte del obediente o hijo espiritual, pero ¡cuánta humildad necesita el sacerdote, el padre espiritual para no interferir en la Santa Región, para tratar el alma del hombre como Dios mandó a Moisés a tratar el terreno que rodea la Zarza Incombustible. Cada persona, potencialmente es tal “Zarza” y todo lo que le rodea — es el Terreno Santo que el padre espiritual sólo puede pisar quitándose los zapatos. Jamás pisar de manera distinta del recaudador bíblico, parado en la entrada del templo, mirando al templo y sabiendo, que esto es — Región del Dios Vivo, Lugar Santo, que él no tiene derecho de entrar sino sólo cuando Dios le ordene, o indique el qué hacer o qué palabra pronunciar.

Una de las tareas del padre espiritual es educar al hombre en la **libertad espiritual de los hijos de Dios** y no tenerlo toda la vida en el estado infantil, para que no acudiera con cada menudencia a su padre espiritual sino creciera a la medida de aprender oír por sí mismo lo que El Espíritu Santo dice con las palabras inexpresables a su corazón.

Y pensando en la humildad, podemos referirnos a dos definiciones cortas. Primero: La humildad — es un estado de paz, cuando el hombre está en paz con la Voluntad Divina, o sea, se ofrece a Dios ilimitadamente, completamente, gozosamente, y dice: “¡haz conmigo, Señor, lo que Tu quieres!,” pero en consecuencia se pacificó a la vez con todas las circunstancias de su vida: todo es - el don de Dios, lo bueno y lo temible. Dios nos hizo Sus enviados en la tierra, El nos manda allá, donde existen las tinieblas para dar la luz, donde existe la desesperación - para dar la esperanza, donde la alegría se murió - para dar la alegría. Nuestro lugar no está sólo en la tranquilidad, en el templo, donde durante la liturgia nos defiende la presencia común, sino donde estamos solos, como la presencia de Cristo en la oscuridad del mundo desfigurado.

Si pensamos en el significado de la raíz latina en la palabra humildad, — “humilitas” proviene de “humus” que significa tierra fértil. Pensemos, dice Teofano el Recluso, en lo que representa la tierra: la tierra está ahí, callada, abierta, indefensa, vulnerable, ante el cielo; ella recibe del cielo y el ardor, y los rayos solares, y la lluvia, y el rocío, pero ella también recibe de nosotros lo que llamamos abono — o sea, los desperdicios, todo lo que arrojamos sobre ella. Y ¿qué sucede? — pues la tierra nos trae frutos y cuanto más soporta lo que nosotros llamamos humillación, injuria, tanto más fruto nos trae..

En consecuencia, ser humilde significa abrirse ante Dios tan completamente que desaparezca todo indicio de contraposición a El, contra la acción del Espíritu Santo, contra buen Imagen de Cristo y Su enseñanza; esto significa ser perceptivo a la acción de gracia. Como en nuestra pecaminosidad somos vulnerables de las manos humanas, de la palabra dura, del acto brutal, de la burla, así debemos entregarnos a la Voluntad de Dios para que, por nuestra propia voluntad, Dios haría con nosotros todo según Su Voluntad; aceptar todo, abrirse y así dar lugar al Espíritu Santo vencernos.

Yo creo que si el padre espiritual también aprenda la humildad en este sentido: ver en el hombre la belleza y saber su propio lugar (que es tan maravilloso, tan santo — el lugar del amigo de un novio que le resguarda el encuentro con la novia), entonces podrá realmente ser acompañante de su hijo espiritual, ir con él paso tras paso, resguardándolo, apoyándolo, y nunca interfiriendo en la Región del Espíritu Santo. Entonces la espiritualización se hace parte de aquella espiritualidad y de aquel crecimiento hacia la santidad, a los cuales estamos llamados cada uno de nosotros y cada padre espiritual está en el deber de ayudarnos a lograrlos.

¿Donde buscar a los padres espirituales? Lo lamentable es que a los “ancianos” y hasta los padres espirituales no se pueden buscar; por mucho que recorramos a todo el mundo no los encontraríamos. Pero la experiencia indica que a veces **Dios nos envía al hombre preciso en el momento preciso, y que sea para un tiempo corto**. Este hombre de repente se hace para nosotros lo que eran los “ancianos” de antaño.

A veces pienso que el ejemplo para mí es el asno de Balaam (Num. 22:23) que empezó hablar y dijo al profeta lo que éste no comprendía. Algo parecido sucede conmigo: viene un hombre y yo no sé lo que debo decirle. Luego, sin darme cuenta, digo algo y resulta que acierto. Pienso que en aquel momento Dios me da la palabra debida, pero no se

debe contar con que la experiencia de uno, o la erudición, le permite hacerlo siempre. Por ello se aconseja frecuentemente callarse un rato con humildad y luego decirle a la persona: Mira, no puedo responderte ahora...

Nosotros tenemos un notable ejemplo de ello en la vida del anciano Ambrosio de Optina. La gente venía a él pidiendo consejos y el anciano los hacía esperar uno o dos días. Una vez vino un mercader y dijo: Estoy apurado, tengo cerrado mi negocio, y tu no me dices nada... el anciano le respondió: "No puedo decirte nada. Yo pregunté a la Santa Virgen y Ella tampoco me dijo nada..."

Pienso que nosotros también deberíamos responder: "Yo pudiera aconsejarte por mi propia mente, por los libros y por los cuentos, pero sería irreal. Es mejor no decir nada. Reza, y yo voy a rezar. Si Dios me pone algo en el alma, te lo comunicaré."

El hombre trataría entonces tus palabras con mayor respeto que cuando tu siempre tienes la respuesta a todo; tales respuestas rutinarias las saben todos de memoria. Es que el hombre vino con una sola pregunta importante y necesita la respuesta precisa.

Ahora quiero aclarar que cuando hablé de la genialidad, no tenía en mente el sacerdocio, ni siquiera la categoría de la paternidad espiritual, sino especial y exclusivamente la "ancianidad." Yo apliqué el término genialidad que en el lenguaje común significa algo, que de otro modo se puede denominar "dotado de gracia, o don de gracia." Generalmente la genialidad es musical, artística, matemática, es algo pues que nosotros no podemos lograr por ningún esfuerzo personal. Por ello no hablé del sacerdocio y naturalmente no denigré al padre párroco, joven sacerdote, llano pero sincero, que hace su misión confesando a la gente, compartiendo con ella lo que aprendió de los Padres de Iglesia, de los teólogos, del propio padre espiritual, del propio medio de rezar del cristiano. Es precioso. Pero hay un momento que me confunde un poco. Y es que ciertos sacerdotes, cuanto más incompetentes e inmaduros espiritualmente, tanto más seguros están en que apenas se ponen la sotana y la estola, ya están hablando en El Nombre de Dios.

Recuerdo a un hombre muy estimado (algunos lo consideran gran anciano, que me decía: "Yo he dejado ya de rezar cuando la gente me hace sus preguntas; porque, como después del rezo yo hablo en Nombre del Espíritu Santo, y si la gente no cumple exactamente lo que les dijera, ellos serían pecadores contra Espíritu Santo y no tuvieran perdón..."

Esto es lo que yo tenía en mente; a Dios gracias, el caso es extremo. Me aterroriza que el hombre puede pensar, que si él dice tres veces: Señor, aclara mi mente, ofusca la perniciosa querencia... pues sus siguientes palabras serán ya una profecía de Dios.

Pienso que en esto simplemente la razón elemental juega su papel: se puede hablar de lo que se sabe con toda la certeza. Digamos, tomando un ejemplo de escala colosal, El Santo Apóstol Pablo pudo hablar con absoluta certeza y convencimiento de La Resurrección de Cristo, pues encontró a Cristo Vivo, Resucitado, por el camino a Damasco. De otras cosas el habló por una experiencia primaria distinta. Otras personas también tienen determinada experiencia, de menor escala, de menor potencia, pero por la que pueden decir: "Sí, yo lo sé con seguridad." Así, un ateo que volvió a Dios, ha escrito, en Francia, un libro que tituló "Dios existe, yo Lo encontré."

Un sacerdote y un laico también pueden hablar a base de la experiencia eclesiástica de la cual son partícipes — aun sin posesión completa; porque teniendo cierta experiencia común con otros, ellos pueden prestar atención a otros eclesiásticos y decir, cuando es al caso: Sí, esto es verdad, porque así dice la Iglesia y de Ella sé más que por mí propia experiencia.

Y, finalmente, hay cosas de cuales podemos hablar únicamente porque nos lo reveló El Señor.